

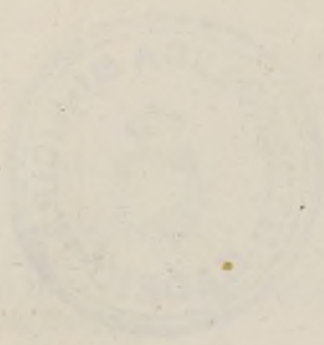


LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.



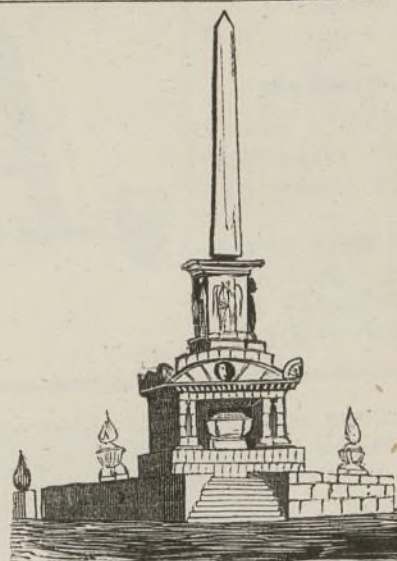
INDICE DE LOS GRABADOS.



LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.



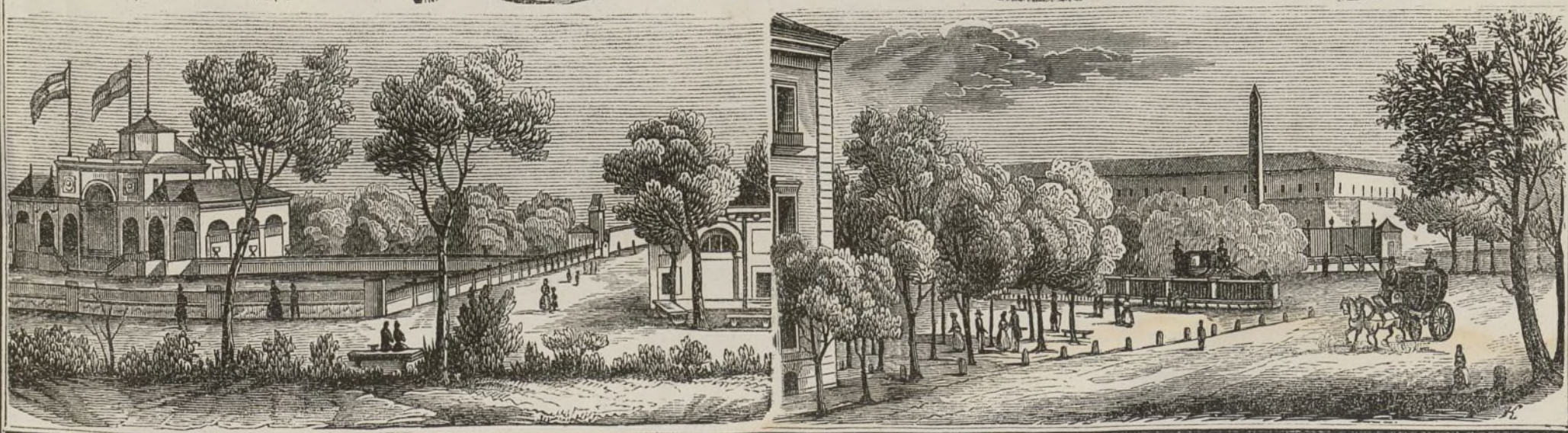
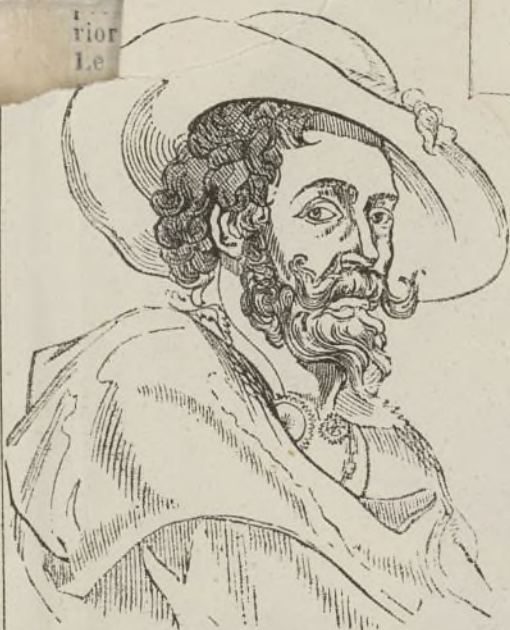


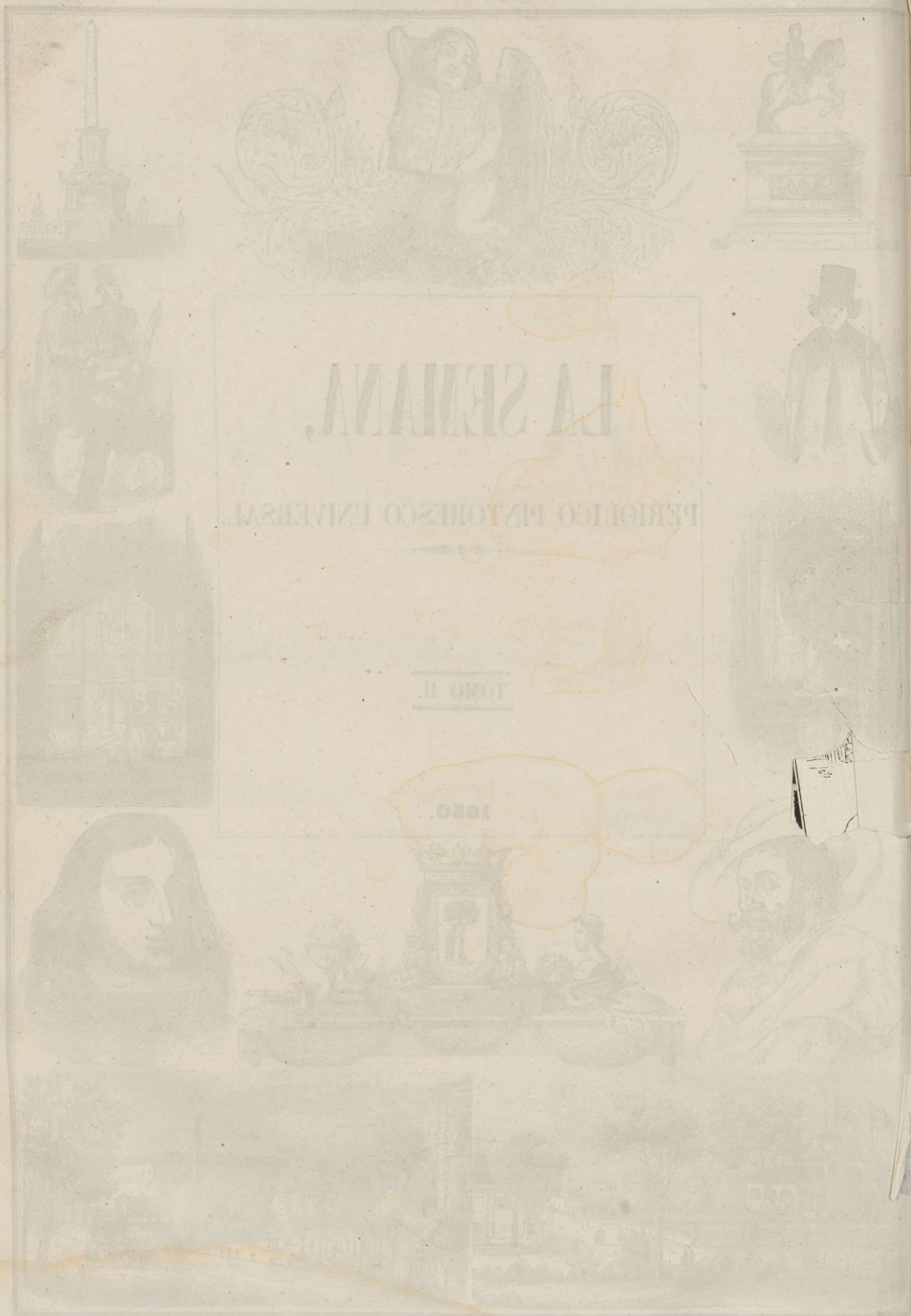
LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

TOMO II.

1850.





LA SEMANA

PERIÓDICO PINTORESCO UNIVERSAL

TOMO II

1880

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de in-
demnizacion en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA.

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de in-
demnizacion en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de Madrid.—Revista de teatros.—Toros.—Biografía de Nicolás I, emperador de Rusia.—Noticias históricas.—Kosato: el Pié-negro.—Reflexiones acerca de los escritos fantásticos.—El ladrón de la corte, novela.—La feria de Sevilla.—Derechos de puertas, industria.—Tancerville.—Higiene pública.—Ceremonial de la consagración episcopal de los obispos.—Gacetrilla devota de la capital.—Mosaico.—Escenas de la vida positiva.—Logogrifo.

Este número lleva diez y siete grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. La Asamblea ha continuado sus sesiones sobre la ley de deportación, la que, habiéndose admitido una enmienda, ha quedado tan desfigurada que está á punto de retirarla. Las discusiones han versado después sin interés alguno sobre el presupuesto de agricultura y comercio.

La atención general se ha concentrado en la elección del día 28 de abril. Adoptado como candidato de los moderados, después de haber hecho cesar con gran trabajo las divisiones que se habían manifestado en este gran partido del orden, Mr. Leclerc, todos los periódicos hacían grandes elogios de él; después de esto, y al ver que el anterior candidato Mr. Le Foy se retiraba, precedían de una corta biografía el candidato adoptado, ensalzando hasta las nubes el heroísmo de Mr. Leclerc que nacional de la tercera legión, en los sucesos de junio de 1848, muerto á su lado un hijo suyo retiró su cadáver, cogió su fusil, y fué á buscar su hijo segundo, con el que continuó batallando valientemente los días siguientes. El general Cavaignac, en vista de tanto heroísmo, colocó en su pecho la cruz de la legión de honor. El partido moderado presentaba por consiguiente á Leclerc como candidato del ejército, de la guardia nacional, y del comercio. Las primeras de los

ropa, ha sido proclamado diputado. El nombramiento de un diputado socialista mas, en nada altera la constitución de la Asamblea, empero es de un inmenso resultado moral por el grande empeño que en esta elección han puesto todos los partidos; es el fallo que confirma las elecciones del 10 de marzo. Bajo este punto de vista los resultados de la nueva elección de París van á ser inmensos, y los fondos públicos ya se han re-
sultado grandemente.

El ministerio inglés acaba de sufrir otra nueva derrota en la cámara de los Comunes. Lord Jhon Russell, que había presentado dos años continuados un bill para admitir los judíos en el parlamento, había tratado este año de esquivar la dificultad proponiendo la admisión de los israelitas, como se hace la de los kuáqueros, sin exigirles el juramento; todo con el objeto de que Mr. Lionel Rostchild, el diputado israelita de la ciudad de Londres que no ha podido aun tener entrada en la cámara á pesar de su nombramiento hace dos años, entrase en el ejercicio de sus funciones: 148 votos contra 129 han deshechado la propuesta del ministerio, que ha votado con la minoría. Estas frecuentes derrotas hacen creer en la necesidad de la modificación del gabinete, hablándose de la entrada en él de lord Clarendon, antiguo embajador en Madrid bajo el nombre de Mr. Villiers.

El misterio que rodea la política del gobierno prusiano va tocando á su término. El Austria había propuesto abrir un congreso para la reconstitución del poder establecido en Francfort por la célebre Asamblea de este nombre; el gabinete prusiano rechaza es-

frente á la Turquía. Desde luego con sus numerosos emisarios, que trabajan hábilmente en el Sur, con las razas slavas, que son las que profesan la religión griega, trata de poder combatir la media luna, y ganar á Constantinopla como metrópoli meridional del coloso del Norte, adquiriendo de este modo la dominación del Mediterráneo.

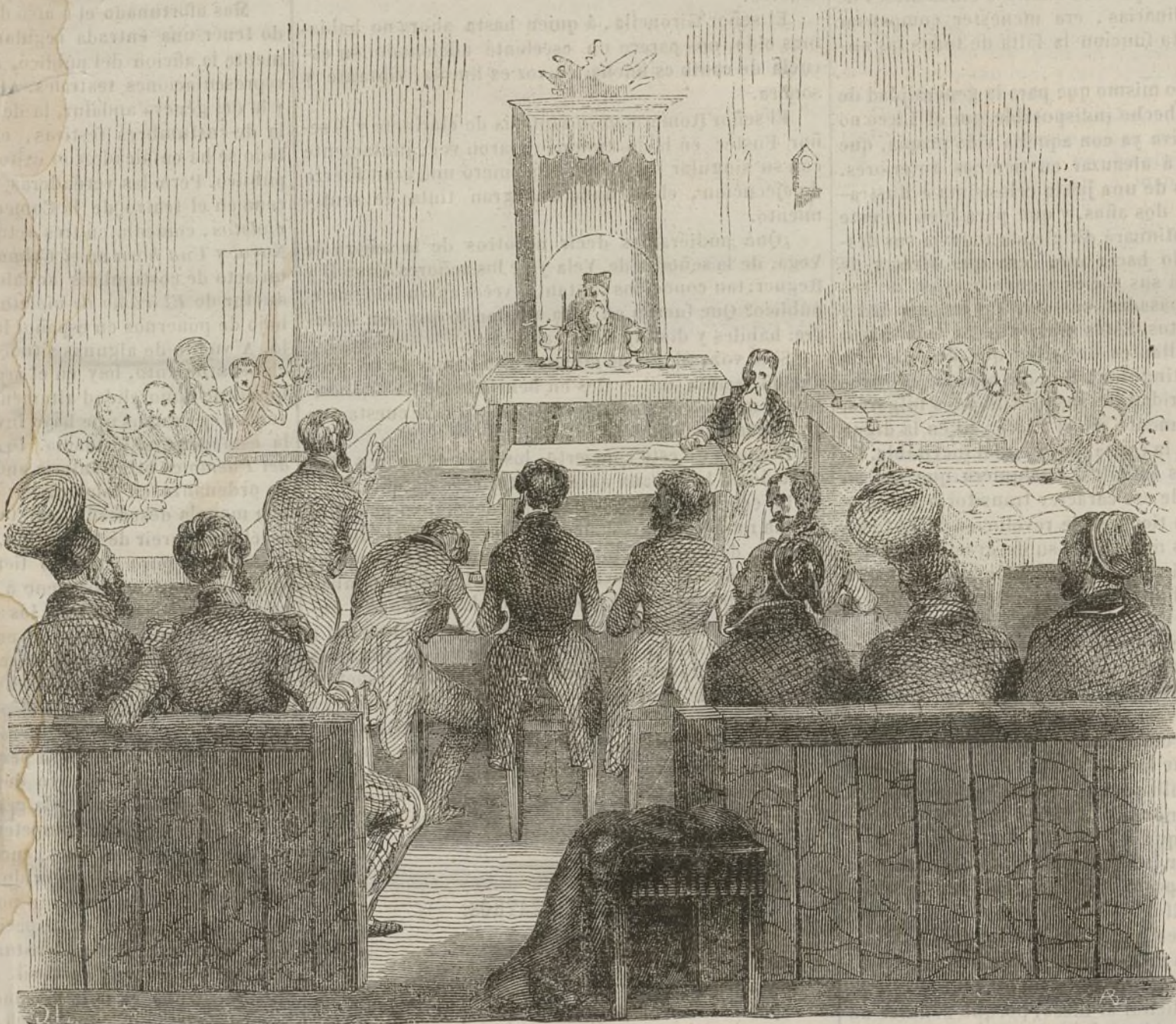
En Polonia, y aun entre los súbditos rusos, se han hecho arrestos políticos de jóvenes funcionarios, de oficiales que habían estudiado en las universidades rusas, y de otras personas, ascendiendo el total á 230.

Las relaciones entre el gabinete austriaco y el di-
van, á pesar de haberse terminado la cuestión húngara, han quedado sumamente frías, porque los turcos están convencidos de que el Austria ha favorecido la insurrección bosniaca. Una grande fermentación reina también en la Servia, y todo hace temer que se declare una rebelión abierta en aquel principado.

En Cerdeña va adquiriendo grandes proporciones el movimiento liberal. El arzobispo de Turin de acuerdo con otros obispos de las provincias, había dirigido una circular relativa á la ejecución de las leyes votadas por el parlamento sobre las inmunidades eclesiásticas. El gobierno sardo ha hecho recoger esta circular en la misma imprenta y en casa del arzobispo á quien ha puesto arrestado; y este hecho ha producido la mas viva sensación en el pueblo, que participa del carácter de abierta hostilidad que han tomado las relaciones entre el estado y el clero por la adopción de las leyes del ministerio Sicardi.

Pío IX continúa en el Vaticano y su vuelta ha causado un entusiasmo espontáneo en la población y en el ejército francés, á quien mira el pontífice con la mayor consideración. Al volver de su destierro el venerable jefe de la iglesia no ha encontrado á su tránsito sino frentes respetuosas y corazones adictos. En vano el triunvirato revolucionario refugiado en Ginebra conservaba la pretensión de gobernar á Roma, y protestaba contra la restauración del poder pontifical, hecha por todas las potencias católicas de Europa.

Ninguna medida política ha tomado aun el pontífice; pero todos la esperan de su sabiduría y de su magnánimo corazón: su sola presencia en Roma anuncia el restablecimiento del orden, y la terminación de una crisis llena de ansiedad y de peligros. Roma ha comenzado á ser lo que en otros tiempos; empiezan á concurrir á ella las familias ricas y los extranjeros, que van á visitarla y á librarla del peso de la miseria; lar-



Congreso de Servia.

de París, que votan en las po-
hallan para computarse después
tino general, reanimaban las es-
perados, que habían hecho el últi-
nuestros pronósticos se han rea-
extraordinario se sabe que ha
socialista Eugenio Sue, el cé-
erios de París, del Judio er-
novelas conocidas en toda Eu-

ta proposición. El Austria pide que la Prusia no se
adhiera á la constitución votada por el parlamento de
Erfurth; el gabinete prusiano quiere adherirse á ella, y
de este modo formar á su gusto la federación alemana.

La Rusia despliega fuerzas imponentes en el Sur y
en el Oeste, á fin de poder en un caso mantener la
tranquilidad en Hungría, en Galitzia, y aun en Italia,
tener sujetas las veleidades de la Alemania que tanto
la desagradan y contrarian, y al mismo tiempo hacer

go y penoso será borrar las huellas de las calami-
dades que ha dejado allí la revolución; empero el pon-
tificado saldrá triunfante de esta prueba de nuestros
días como en los tiempos de Crescencio y de Rienzi.
El pontífice ha visitado á los enfermos militares fran-
ceses en el hospital, dándoles pruebas de su interés y
bondadoso corazón.

El príncipe Borghese dió el día 17 de abril un mag-
nífico concierto para celebrar la vuelta del pontífice. A

este concierto asistieron los cardenales, los miembros del cuerpo diplomático, y los generales y oficiales del ejército francés.

Interior. La tranquilidad reina en todas las provincias de esta vasta monarquía. La ligera agitación que había producido en Valencia el cambio de la moneda catalana, ha desaparecido completamente, merced á las acertadas disposiciones del gobierno, secundadas por el celo de aquellas autoridades y personas influyentes.

El príncipe y la princesa de Joinville, renunciando al proyecto de venir á Madrid, se han embarcado en Cádiz para continuar su viaje por Lisboa á Londres, en donde este mes quedará reunida toda la familia de Luis Felipe, excepto su augusto hijo el duque de Montpensier, que con la infanta doña Luisa Fernanda, hermana de nuestra reina, se trasladará á Madrid, para presenciar el régio alumbramiento, marchando por mar á Valencia con objeto de ver esta hermosa provincia y visitar las ciudades del litoral del Mediterráneo. También el infante don Francisco, que hace dos años se halla en Valladolid, regresará para fines de mes á esta capital, hallándose ya preparadas sus habitaciones en el palacio de San Juan.

La proximidad del gran suceso en que cifra su ventura y porvenir el pueblo español se hace ya sentir, habiéndose empezado á preparar los festejos con que ha de ser solemnizado tan fausto acontecimiento.

El jueves se celebró la función cívico-religiosa del 2 de mayo; y este pueblo que cuarenta y dos años hacía luchó desarmado contra las agueridas huestes de Napoleón al mando del célebre Murat, después rey de Nápoles, acudió al Prado á tributar un recuerdo á los que aquel día le dieron tan noble ejemplo.

REVISTA DE MADRID.

Vamos á ocuparnos de un acontecimiento que no sabemos si pertenece á la semana anterior ó á la presente. Hablamos de la última función musical celebrada en el Liceo á beneficio de la Inclusa. El concierto comenzó en la noche del domingo y vino á terminar en la madrugada del lunes. Tan largo fué. Pero este desquite era justo. Después de cuatro ó cinco meses de vacaciones extraordinarias, era menester compensar con el esceso en esta función la falta de todas las anteriores.

Para nosotros, lo mismo que para la generalidad de los liceístas, es un hecho indisputable que el Liceo no existe ya, que no vive ya con aquella vida propia, que tanto brillo llegó á alcanzar en tiempos anteriores. Todos los esfuerzos de una junta celosísima é ilustrada, nombrada hace dos años, y que para bien de este establecimiento continuará dirigiendo todavía sus destinos, no han podido hacer otra cosa que ofrecer de cuando en cuando á sus socios alguna ocasión de recordar sus glorias pasadas, sus días de prosperidad y de ventura ya remotos. Estos momentos de vida se han asemejado á los brillantes destellos que despiden una llama próxima á extinguirse. Hoy día apenas entrevemos ya la débil claridad de sus meribundos fulgores.

No existe ciertamente en el Liceo, ni en la digna junta que lo dirige, la causa de este mal inevitable. Es que las instituciones actuales, cualquiera que sea su género, participan de ese carácter transitorio con que nace y vive todo en tiempos de revoluciones. El Liceo puede preguntar los motivos de su desgracia al Ateneo de Madrid. Uno mismo es el origen de los males que los aquejan, el que ha traído ese estado de abatimiento y de postración en que los vemos.

Los hombres que entre nosotros han logrado crear-se una posición figurando en el campo de las letras, han desdeñado las letras el día en que ya no necesitaban de ellas para conservarse á la altura que alcanzaron. El Ateneo y el Liceo cuentan hoy día con un catálogo de nombres ilustres, que no son ya sino un adorno de sus listas, que no están allí sino *ad honorem*. El que quiera saber por qué estos nombres ilustres no figuran ya entre la concurrencia que asiste á sus reuniones, no tiene mas que registrar la Guía de Forasteros y los verá inscritos en ella. La posición oficial y las letras son cosas incompatibles. El que se encuentra en la primera con empleo *efectivo*, no puede desempeñar en la segunda sino un cargo de *honor*. Felices los que pueden decir que conservan todavía este envidiable cargo.

Pero debemos felicitar al Liceo, porque al hacer un gran esfuerzo por la vida, lo haga cumpliendo al mismo tiempo con un deber de humanidad y desempeñando obras de piedad y de misericordia. De esta suerte el Liceo, después de haber vivido bien, se prepara al dejar de existir una buena muerte. Sus últimos momentos dejarán al mundo gratos recuerdos, y nosotros podremos esperar que la tierra le sea ligera.

Mas no lo esperemos ahora: no lo pensemos siquiera. Para desear vida y prosperidad al Ateneo y al Liceo, sería necesario dar un rudo ataque á la Guía de Forasteros. Librenos Dios de semejante propósito. La

mitad de los españoles sufriría en este cambio una convulsion terrible.

Entretanto, y después de un invierno lánguido y triste para la sociedad á que nos referimos; después de tres ó cuatro reuniones desanimadas, únicas de la temporada, donde ha reemplazado á la animación el recogimiento y á los aplausos el mas profundo silencio; después de cinco meses de descanso, precursor quizá de otro mas duradero, el Liceo se ha visto súbitamente reanimado por el celo eficaz y caritativo de las bellas y elegantes damas de nuestra corte, cuyo afán por mejorar el triste estado de la Inclusa es tanto mas meritorio cuanto se muestra mas incansable. Sin duda la omnipotencia divina ha querido valerse de esta graciosa providencia para el socorro de los miserables huérfanos, porque en su infinita justicia ha buscado á la belleza para que sea la reparadora de los males que sufren en su horfandad y en su abandono los desgraciados frutos del amor.

El concierto celebrado con este objeto, ha sido además de una obra piadosa y meritoria, un rato de *señal* y de agradable entretenimiento para la buena sociedad de Madrid. *El Desden con el Desden*, esa obra maestra de Moreto, esa riquísima joya de nuestro antiguo teatro, no podía menos de ser bien desempeñada por la señorita García Luna, su padre, y el señor Delgado, á quien hoy día se reputa justamente como el primero de nuestros aficionados. Si la ejecución de la comedia fué buena, la atinada dirección de ella, la propiedad de los trages, y la oportunidad de los coros, cantados por los alumnos del Conservatorio bajo la dirección del entendido maestro Iradier, no es menos acreedora á nuestros sinceros elogios. Autores y actores, directores y dirigidos, todos rivalizaron en el desempeño de sus funciones; todos parecían inspirados del noble entusiasmo que había producido esta amena y variada función.

El señor Kinski estuvo admirable en la segunda fantasía sobre motivos del *Attila*. En ella nos manifestó hasta qué grado posee el instrumento, hasta qué punto es capaz de comover y de cautivar á los espectadores.

El señor Gironella, á quien hasta ahora no habíamos oído, nos parece un excelente aficionado: su escuela de canto es buena: su voz es limpia, vibrante y sonora.

El señor Romero en su fantasía de clarinete y el señor Fuster en la de trompa dejaron ver, juntamente con su singular habilidad, el primero una gran fuerza de ejecución, el segundo una gran tinta de sentimiento.

¿Qué pudiéramos decir nosotros de la señora de Vega, de la señorita de Vela y de los señores Castell y Reguer, tan conocidos ya, tantas veces aplaudido por el público? Que fueron en esta ocasión lo que son siempre: hábiles y distinguidos cantantes.

Si la voz pública no miente, este concierto ha producido treinta mil reales en beneficio de la Inclusa. Nueve mil duros produjo no ha mucho la cuestación de la Semana Santa.

Después de este concierto, los salones no nos han ofrecido en la semana anterior otra cosa notable.

En cambio, las calles de Madrid estaban pobladas de una numerosísima concurrencia en todo el día del jueves, desde las cinco de la mañana hasta las últimas horas de la noche. Los madrileños celebraban con el entusiasmo de costumbre el *dos de Mayo*, aniversario del glorioso día que sirvió de cimiento á nuestras libertades. Españoles, sobre todo, pagamos en nuestro corazón un tributo de religioso respeto á la memoria de aquel día, en que el jardín que rodea hoy la verja del monumento donde está escrita su fecha, quedó regado con la sangre de víctimas ilustres, cuya memoria vive siempre entre nosotros.

J. M. ANTEQUERA.

REVISTA DE TEATROS.

Son tantas las novedades, esto es, las producciones, no representadas en algun tiempo, que hemos visto sucederse en los teatros de Madrid durante la última quincena, que no tenemos lugar ni espacio suficiente para examinarlas una á una, y con la detención necesaria. Nuestros lectores, pues, habrán de dispensarnos ahora esos detalles de crítica, sobre los cuales les tenemos pedido tiempo ha un voto de indulgencia; limitándonos nosotros á recordarles el inmenso catálogo de las funciones teatrales que han tenido lugar en las dos semanas anteriores.

El teatro Español va manifestando de algun modo que tiene ya una dirección artística. Las representacio-

nes son tan variadas, que si en la variedad consistiera tan solo el gusto, debiera estar el del público completamente satisfecho. Nueve producciones distintas se han puesto en escena durante la quincena transcurrida. *Los Partidos*, *La segunda dama duende*, *Maria Estuarda*, *El hombre de mundo*, *Buen maestro es amor*, *Mari Hernandez la gallega*, *El viejo y la niña* y *El lirio entre zarzas*. La colección no puede ser mas vistosa y variada. Pero sin duda debe ser algo mas que la variedad lo que busque el público en el teatro Español, cuando tan poco solícito está en acudir á sus representaciones.

Si por acaso es una ejecución acabada lo que el público desea, todas las comedias en cuestión, han ofrecido de ella brillantes muestras. En este concepto, el teatro Español puede honrarse justamente con el dictado de teatro modelo. La señora Díez, las señoras La-Madrid, y los señores Romea, Latorre, Calvo y Pizarroso, han desempeñado con perfección sus respectivos papeles.

En cambio, el teatro Español, donde tantas producciones dramáticas están detenidas hace cerca de un año, merece un severo cargo por hacer alternar con ocho comedias antiguas una sola producción nueva. Y al fin esta producción hubo de ser *El lirio entre zarzas*. Nuestros lectores calcularán cuan crítica y angustiosa debe ser la posición de un lirio metido entre zarzas.

Mientras que la dirección del teatro Español comienza á desenterrar producciones nuevas, el teatro del Drama ha tenido por conveniente enterrarse en el polvo y alma, por la tercera ó cuarta vez desde que comenzó la presente temporada, y sin que en esta ocasión le haya valido para mantenerlo en vida la *mágia* de los *Pecados Capitales*. Ciertamente es bien doloroso notar después de haber incurrido en siete pecados capitales, si no son ocho, como ha opinado una gran parte del público de Madrid. Pero el teatro del Drama no citará de nuevo, si no nos engañan nuestras noticias. Quiera Dios que esta resurrección no sea para que caiga de nuevo en pecado capital.

Mas afortunado el teatro de la Comedia, ha logrado tener una entrada regular, y sostener medianamente la afición del público, con profusa variedad de representaciones teatrales. Allí la comedia de *mágia* y la del género andaluz, la de escenas sentimentales, la de costumbres festivas, el baile y la pandero todo se ha empleado con éxito regular para atraer al público. Pero las verdaderas novedades de esta quincena en el teatro de la Comedia han sido *El ramo de violetas*, comedia en tres actos traducida por el señor Novo, y *Una hora en el Colmado del Puerto*, pieza en un acto de costumbres andaluzas. El apreciable traductor de *El ramo de violetas* pudo ahorrarse el trabajo de ponernos en español la comedia de este título. A vuelta de algunas situaciones cómicas y de mucho sentimiento, hay en el argumento de la obra un fondo de inmoralidad altamente repugnante. De todas veras deploramos que haya invadido la escena española esta detestable manía. *Una hora en el Colmado del Puerto* es otra tontería andaluza, compuesta de ordenanza en tales casos: un andaluz exagerado, una manola descoada, un tercero en discordia que es el hazme reir de la función, una taberna y un baile. Esto, de puro visto, no tiene ya mérito ni gracia alguna. Menos todavía tiene á nuestros ojos la pandereíta del señor Miralles: los estudiantes de la tuna hacen todo aquello de valde en medio de las calles de Madrid. En cuanto á la comisión de aplausos, cumplió en toda regla sus importantes deberes.

Mas justos fueron, sin disputa alguna, los que en la noche del viernes se dieron á la graciosa *Nena*, contratada por la empresa para un corto número de funciones. Todo el público de Madrid conoce la habilidad de esta bailarina, y la gran mayoría se ha decidido á su favor en su competencia con la Yargas y la Cámara. Escusamos, pues, encomiar su relevante mérito, que es de todos conocido.

A propósito de baile, no podemos dejar de hacer una mención honorífica, especial y solemne, de *Catalina ó La hija de las montañas*, puesto en escena en la última semana de abril. La señorita Fuoco ha alcanzado en este baile un nuevo y señalado triunfo. El público la ha aplaudido con el entusiasmo que merece su rara y sorprendente habilidad.

Mas desgraciado en las representaciones líricas, el teatro de la Opera parece destinado á no tener jamás una buena compañía. La representación *Vergy* ha dejado mucho que desear al arte. El tenor Musi nuestro apreciable compatriota del teatro del Circo, cuya beldad el que ha tenido la mala suerte de verlo en el teatro de Variedades ha visto en las representaciones en los Basili.

este objeto el tea

tro de la Academia dramática ha ofrecido que no se hundirá por ahora.

J. M. A.

TOROS.

En la presente temporada es indispensable hablar de cuernos á lo menos una vez en la semana. Felizmente, el asunto es sencillo y sin consecuencias. Solo se trata aquí de un pasatiempo inocente, que tiene todas las simpatías del público de Madrid. Ese animal cornudo, que embiste y arrolla con su asta poderosa cuanto encuentra al paso, debe ofrecer en efecto una curiosa novedad al público que simbólicamente lo considera como animal manso é inofensivo: y los cuernos reconquistan en esta ocasión la gloria que no alcanzan en lides de otro género.

De todos modos no puede desconocerse que las corridas de toros constituyen el espectáculo mas popular de España por su carácter y naturaleza: que mientras se ven desiertos cinco teatros reducidísimos, se llena constantemente una plaza donde caben diez mil personas; y que en la sociedad que ocupa las localidades del circo, se encuentran, cuando no los reyes, los altos dignatarios del Estado, toda la aristocracia, y las personas mas notables por su posición social ó por su fortuna. La afición á los toros es, como los toros mismos, una cosa eminentemente nacional, eminentemente española. El rey, el magnate, y el plebeyo, son iguales en cuanto á su afición y á su entusiasmo por los toros. Este es un género de igualdad y de fraternidad, compatible, no solo con la actual monarquía templada, sino aun con la monarquía despótica de España en tiempos antiguos.

Sentado esto, *ad rem veniamus*: y no será necesario decir que vamos á hablar de la sexta corrida de la temporada. Dejaremos en silencio la quinta, de la que si nada hemos dicho hasta ahora, no tiene motivos para tomar á queja este olvido.

Con cielo encapotado, tiempo amenazador y viento fresquito, comenzaba á las cuatro y media de la tarde del lunes anterior esta gran solemnidad tauromáquica.

Salió un toro, y salió otro y otro mas. Tomó diez varas el primero, ocho el segundo y seis el tercero. Cargó el primero con cuatro pares de banderillas; otros cuatro y otros seis los inmediatos; y después de despacharlos por su orden respectivo el Maestro, Joselito y Cayetano, pasaron los tres, mediante un descabellamiento y dos magníficas estocadas, al parage opuesto á aquel por donde habian entrado. Los tres espadas cumplieron su deber con esa singular habilidad que tienen de costumbre. Porque Joselito es un gran espada aun al lado de su gran maestro, y Cayetano Sanz va conquistando de día en día la celebridad de tal.

Pero pasados estos tres toros, vino el cuarto, y venir él y comenzar á volar caballos y picadores, todo fué obra de un solo instante. A su entrada en la plaza, á todo el mundo impuso desde luego su formidable aspecto, sus enormes proporciones, su magnífica y bien armada cabeza. Cualquiera podrá tener los cuernos bien puestos; pero mejor que el bicho de quien vamos hablando, es cosa imposible. En cuanto á las habilidades de este toro, oigamos la relación de un neófito inteligente. «A su salida, dice, hizo girar á los dos caballos como peonzas, y como peonzas quedaron estos tranquilos y dormidos para siempre cuando se les acabó la velocidad adquirida con el golpe del fiero animal. Tomó nada menos que diez y seis varas: dió cuatro ó seis caídas; dejó en tierra cuatro caballos; y otros cuatro envió á la clínica homeopática. Todas estas habilidades las hizo casi sin moverse de un círculo de diez varas. Se cebaba en los caballos como los perros sin dueño en los montones de basura.» Este fiero animal murió á manos del maestro que de una magnífica estocada lo dejó muerto á sus pies. El toro era digno sin duda por sus altos hechos de recibir tan buena y tan honrosa muerte.

Nada podía ya llamar la atención de los espectadores después de corrido este toro. Para que la atención general estuviese mas preocupada, el Chiclanero recibió de él un puntazo junto á la tetilla izquierda, que lo hizo retirar de la plaza con general disgusto de los concurrentes. Así es que el quinto y sexto toro escitaron ya poco la curiosidad del público, el cual se retiró justamente satisfecho y complacido del éxito de la corrida.

A.



BIOGRAFIA DE NICOLAS I.

EMPERADOR DE RUSIA.

I.

Es sin duda empresa difícil escribir la biografía del czar que absorbe hoy la atención de Europa. Trátase de un hombre en quien se personifica un vasto país mas lejós de nosotros por sus costumbres, sus leyes y sus necesidades que por la distancia que nos separa. Huirémos de toda prevención siquiera le miremos á través de las ideas sociales y políticas de la Europa occidental.

Nicolás nació el 2 de julio de 1796 (1); siendo la educación de sus primeros años tan nula y descuidada como la de sus hermanos á quienes se destinaba al trono. Distingúase desde luego una marcada predilección por la milicia; pues aunque aficionado al dibujo y á la literatura, nunca pasó de diseñar, ni leía otra cosa con mas placer que la detestable *Abeja del Norte* (2).

El estado de la Europa atraía la atención á la guerra, y la juventud de Nicolás tenía que ser necesariamente mas inclinada á las armas que á las letras: le llevaba á los campamentos su afición, y si bien obró ridículamente en sus ensayos militares, tuvo el talento suficiente para conocerlo, y se colocó en el lugar que mejor le correspondía. Supo obedecer en vez de mandar; y en vez de dar órdenes las trasmitía dándolas nueva fuerza tanto por la elegancia con que mandaba, como por hacerlo con una hermosísima voz que dominaba á las demas, lo mismo que su gallarda presencia sobresale entre el lucido cortejo de los oficiales que le siguen.

II.

La Rusia, ha dicho un escritor, es un producto híbrido de la civilización europea. Por su carácter, sus tradiciones y sus costumbres pertenecen los rusos al Oriente. Pedro el Grande pudo con las reformas conocidas ya de nuestros lectores, lanzar en la vía del progreso material las clases inteligentes de su imperio; pero no ha conseguido desarraigar ese fondo de servilismo fatalista que reprobaban los mismos escritores rusos y entre otros el célebre Karamzine, é iniciarlos en los progresos morales de la sociedad que les daba por modelo. Su reforma, no obstante, fué exterior: no penetró bien en las masas: las clases interiores en Rusia, permanecen casi en la misma situación que hacen años, en cuanto á ideas políticas: quizá sea una felicidad para el mismo pueblo. La siguiente anécdota ha sido presentada como una prueba de ignorancia política.

Cuando en 1825 pretendía Mouravief Apóstol sublevar contra el emperador Nicolás las provincias del Mediodía y las tropas que las ocupaban, púsose á hablar de república á una compañía de granaderos de lo mas escogido.—Si, contesta el decano de la compañía, nos dareis una república con nuestro padre el czar verdadero.

—No hay czares en la república, dice un oficial disfrazado de soldado.

¡No hay czar! contestan estos, ¿qué será entonces de nuestro padre? No queremos vuestra república. La compañía próxima á sublevarse, retrocedió. Los soldados no comprendían un gobierno sin czar.

El imperio ruso es un vasto cuerpo formado de pueblos de veinte lenguas diferentes, separados por su origen, sus creencias, sus trages, y aun sus leyes, si pueden llamarse así una colección de reglamentos cuya forma y existencia dependen esclusivamente de la voluntad imperial; es un conjunto de elementos heterogéneos, unidos forzosamente, y sin otro lazo que la comunidad de su sujeción y su fé mas religiosa que política en el emperador.

Un pueblo de esta especie, en nada se parece á los de la Europa Occidental: colocado como el eslabon que une la Europa con los viejos estados de la alta Asia, oculta bajo su barniz europeo carácter é ideas orientales.

«En Occidente, dice Mr. Schnitzler, la Italia y la Alemania, han sido el punto de partida de la civilización moderna; la civilización rusa ha tenido otro precedente de los griegos del Bajo Imperio; de un pueblo viejo, gastado, vuelto á su infancia, abrumado por el peso de una dominación despótica, en la cual la misma religión esclavizada perdió su fuerza regeneradora.»

III.

Educado Nicolás I en la escuela de Alejandro que en cuanto á la política rusa en nada se diferenciaba de sus antecesores, deseaba sucederle para avanzar mas en el constante plan de dominar. Este príncipe no era llamado, por el orden de su nacimiento, á ocupar el trono imperial, en el que debía precederle el gran duque Constantino; pero arreglos de familia decretados en 1823 habian cambiado la ley de sucesión. Constantino, á consecuencia de su divorcio con la gran du-

(1) Otros señalan el 6 el día de su nacimiento.

(2) Mejorada posteriormente la redacción de este periódico, mereció á ella una digna celebridad á la que contribuyó no mucho la ilustrada baronesa de Vidner y alguna otra señora.

quesa Ulrique de Saxe-Coburgo tomó por esposa á Juana Crusjaska, hija de un noble polaco. Este matrimonio trasladaba la corona al segundo hijo varón de Pablo. Antes, 14 de enero de 1822, habia conocido Constantino esta necesidad dirigiendo al czar la carta siguiente, de inmensa importancia por los sucesos que á los pocos años tuvieron lugar.

«Señor, dice, alentado por los multiplicados favores de la bondad de V. M. imperial hacia mí, oso aun reclamarla una vez, poniendo á vuestros pies mis humildes ruegos. No creyéndome con el *genio* ni la *capacidad*, ni la *fuerza necesaria*, si me viese revestido de la alta dignidad á la que soy llamado por mi nacimiento, suplico encarecidamente á S. M. I. trasfiera este derecho á mi inmediato sucesor, y asegure así para siempre la estabilidad del imperio. En cuanto á lo que me concierne, daré con esta renuncia una nueva garantía y mayor fuerza á aquella en la que libre y solemnemente consentí, cuando mi divorcio con mi primera esposa. Todas las circunstancias de mi situación presente me determinan mas y mas á tomar una medida que pruebe al imperio y al mundo entero la sinceridad de mis sentimientos. Acoja V. M. I. mis deseos con bondad, y determine á nuestra augusta madre los acoja, y los sancione su consentimiento imperial. En el círculo de la vida privada me esforzaré siempre en servir de modelo á vuestros fieles súbditos y á cuantos aman á nuestra querida patria.»

A la muerte del czar, el gran duque Nicolás, haciendo abstracción del acto de renuncia de Constantino, quiso hacerle proclamar emperador por el senado, y es el primero que le presta juramento.

Pocos ejemplos presenta la historia de una abnegación tan noble y desinteresada; pero tanto como Nicolás se alejaba voluntariamente del trono, los grandes duques Constantino y Miguel que estaban en Varsovia, supieron el 7 de diciembre la muerte del czar (dos días antes que pudiera saberse en San Petersburgo), y escribieron á Nicolás insistiendo en que su resolución era definitiva, y le reconocían por consecuencia como emperador de todas las Rusias. Miguel parte al momento á conducir este despacho á San Petersburgo, acompañando una carta para la emperatriz viuda. Esta lucha fraternal tan noble, tan honrosa, tan desinteresada, en que renuncian mutuamente el mayor poder de Europa, tenia suspensos todos los ánimos, sin saber cada cual por quien decidirse, porque todos eran dignos del trono que se cedían. Y no era esto un combate simulado en que se aparentaba ceder lo mismo que se deseaba: prestan Nicolás y el senado juramento á Constantino, y este le dirige la siguiente carta que condujo á Miguel.

«Mi muy querido hermano: con la mas profunda tristeza he sabido ayer la nueva de la muerte de nuestro adorado soberano mi bienhechor el emperador Alejandro. Al apresurarme á manifestaros los sentimientos que he experimentado con tan cruel desgracia es un deber anunciaros que dirijo por este correo á S. M. I. nuestra augusta madre, una carta en la cual declaro que en consecuencia del rescripto que obtuve del difunto emperador, para sancionar mi renuncia al trono, es aun en el día *irrevocable* mi *resolución* de ceder todos mis derechos de sucesión al trono de los emperadores de todas las Rusias: ruego al mismo tiempo á nuestra amada madre y á todos aquellos á quienes esta sea concerniente, hagan conocer mi *invariable voluntad* bajo este punto para que la ejecución sea completa.»

Esta carta terminó aquella contienda de generosidad que existía entre los hermanos, y Nicolás tomó posesión del trono.

IV.

El nuevo czar inauguró su reinado con un manifiesto, en el que se leen estas líneas:

«Exortamos á todos nuestros fieles súbditos á dirigir con nosotros, sus fervientes plegarias al Todopoderoso, á fin de que se digne darnos la fuerza necesaria para sobrellevar el peso que nos ha impuesto la divina Providencia, y nos mantenga en la firme voluntad de no vivir mas que para nuestra cara patria, marchando por las huellas del monarca que lloramos. Sea nuestro reinado una continuación del suyo, y llenemos todo los deseos que formaba por la prosperidad de la Rusia, aquel cuyo sagrado recuerdo nos sostendrá en los esfuerzos y en la esperanza de merecer las bendiciones del cielo y el amor de mis pueblos.»

Los funcionarios de San Petersburgo prestaron con alegría el juramento de fidelidad que debían á Nicolás, y cuando todo anunciaba el comienzo de un reinado tranquilo, se manifiestan señales de una insurrección armada en el regimiento de Moscou, guardias de corps, y en los marinos de la guardia. El 26 de diciembre de 1825, el príncipe Rostomfski, el capitán Bestujef, su hermano Alejandro, y otros dos oficiales, escitaron á sus soldados á no prestar el juramento que se les exigía. «El gran duque Constantino, decían, no ha renunciado á la corona; está preso con el gran duque Miguel, jefe de nuestro regimiento. El emperador Constantino ama á nuestro regimiento y aumentará vuestra paga. ¡Maldición sobre aquellos que no le permanezcan fieles!» Cargan las tropas sus armas, preséntase un ayudante de campo, para arrestar á los oficiales del regimiento de Moscou, y le siguió el coronel colocado bajo las órdenes del gran duque Miguel; pero contesta Rostomfski.—No reconozco la autoridad del general;—y empieza á acuchi-

llar á los generales Sriedriks y Schenshine; dirige en seguida los soldados á la plaza del Senado, y llegan á ella victoreando al emperador Constantino I. Seducidos los granaderos del cuerpo, es sublevado también el batallón de marina, reuniéndose entre todos los conjurados unos dos mil hombres, pues no incluimos las grandes masas de curiosos que inundaban la plaza del Senado.

Sabedor Nicolás de tales antecedentes, conoce el peligro, prevee las consecuencias, y se decide á obrar sin perder un instante. Confía aun en el respeto que imponía la autoridad del czar, y se presenta solo, en medio de esta multitud sediciosa, cuyos gritos son ahogados por las aclamaciones generales que se dirigían al soberano. No bastó esto para apagar el fuego de la insurrección; había tomado incremento, porque era un plan calculado, y al efecto se propone emplear medidas mas enérgicas. Veamos lo que nos dicen los partes oficiales: extractemos.

«La presencia de una fuerza militar se hacia indispensable; el emperador hizo acudir un batallón del regimiento Preobrajenski, se puso á su cabeza, y avanza en dirección á los grupos sediciosos; mas con decidida resolución de no recurrir á la fuerza, sino cuando fuesen inútiles las amonestaciones. Entonces el gobernador militar de San Petersburgo, el conde Miloradowitch, se acerca á los amotinados, confiando que su voz les recordaría el deber, y recibe un pistoletazo, del que muere al día siguiente, acabando tan lastimosamente este valiente general, que se había hecho célebre en la campaña de 1812. A la vista de tales sucesos, reúne mas fuerzas el emperador en rededor suyo; prepara caballería, artillería, y todo anunciaba un combate sangriento. Los sublevados se aumentaban también por su parte.

«En el interin llega á San Petersburgo el gran duque Miguel, y al saber que uno de los regimientos de su division se había amotinado, vuela al cuartel y hace jurar al emperador Nicolás seis compañías que sin haber prestado juramento rehusaron sin embargo seguir á sus compañeros insurrectos. Acto continuo se puso á la cabeza de estas tropas. Avanzaba la noche, y se habían hecho inútiles todas las tentativas de conciliación; se había desoído la voz del metropolitano, de Nicolás, y en su virtud se decide este á emplear la fuerza. Los disparos de dos cañones desocupan la plaza al instante, y la caballería carga sobre los fugitivos restos de los amotinados, persiguiéndolos en todas direcciones. Fuertes patrullas recorren las calles, y á las seis de la tarde reinaba la mas profunda tranquilidad en la población.»

Triunfó Nicolás de una conspiración que pudo haber causado no solo la ruina de su trono, sino aun la destrucción de la familia imperial.

V.

Hemos dicho que esta conspiración era una consecuencia de anteriores planes. Constantino era solo un pretexto: los conjurados eran republicanos. Algunos oficiales rusos pertenecientes á las familias mas ilustres, estaban en relaciones con los estudiantes de Alemania, y habían formado una especie de coalición liberal bastante ramificada, pero poco sólida por mas que hayan querido presentarla temible algunos escritores.

No ignoraba Alejandro los síntomas revolucionarios que abrigaba la noble juventud moscovita, ni las sociedades secretas que existían en el ejército; pero trató mas de castigarlas que de extinguirlas astutamente, y de nada le sirvieron algunas prisiones que ordenó.

Nicolás tenía los mismos antecedentes, y en el manifiesto que publicó á consecuencia de la insurrección de San Petersburgo, llamó la atención el párrafo siguiente: «Después de las medidas tomadas, los procesos, los castigos, abrazaron en toda su extensión en todas sus ramificaciones, un mal cuyo germen cuenta largos años; mas tengo la confianza de destruirle de raíz y purgar de este contagio extranjero el suelo sagrado de la Rusia... Pondráse para siempre una línea divisoria, honda, impenetrable entre el amor de la patria, y las pasiones revolucionarias; entre el deseo de los buenos, y el furor de los trastornadores.» En este mismo manifiesto, conviene Nicolás en que, «entrañados en el tumulto, los soldados de las compañías seducidas no han participado de estos atentados ni de hecho, ni de intención.»

Esto, además de ser exacto, era una importante generosidad política; pues las circunstancias en que se hallaba Nicolás eran difíciles, sin embargo de su triunfo.

El trámite de los procesos había hecho notables descubrimientos; y aunque el estado de la Europa no

ofrecía garantías á los liberales, era un hecho que trabajaban secretamente para trastornar todo aquel orden de cosas existente, y las ramificaciones de la conjuración se extendían hasta el imperio ruso. Habíase inculcado en muchos jóvenes que salieron á pelear contra los franceses, cierto espíritu de liberalismo, y aunque quiso ahogarlo Alejandro enviando á la guerra del Cáucaso á los cuerpos de marcadas tendencias liberales, no las sofocó por esto.

Si la revolución es una epidemia, difícilmente se librarán nunca del contagio quienes pisen su suelo, si quier sea para combatirla.

La insurrección de 1825 en Rusia tenía por objeto una revolución inspirada por la sed de innovaciones políticas. Los nobles conspiradores debían establecer un gobierno provisional, y dos cámaras legislativas: la una, cámara alta, compuesta como nuestro senado



El emperador Nicolás.

actual, de miembros vitalicios: mas adelante se trataría de la formación de congresos ó consejos provinciales, que hubieran sido convertidos en otras tantas legislaturas locales: las colonias militares habrían sido sustituidas por guardias nacionales.

Tal era el secreto de la revolución. Ya demostraremos los elementos disolventes que encierra el imperio ruso, para comprender mejor la situación de Nicolás que no por esto creemos insegura.

A. PIRALA.

NOTICIAS HISTÓRICAS.

DECRETO DE UNA REINA COQUETA. En 1363 la reina Isabel de Inglaterra tenía treinta años. Por este tiempo espidió el siguiente decreto comunicado por el secretario de Estado Ceul:

«El deseo natural que alimentan los súbditos de la monarquía de cualquier rango y condición que sean por poseer el retrato de S. M., ha escitado gran número de pintores, grabadores y otros artistas á reproducir copias que carecen de exactitud, y que no retratan las gracias y belleza de S. M., lo que escita diariamente las quejas y sentimientos de sus súbditos bien amados.

«En su consecuencia se nombrarán peritos para juzgar la fidelidad de las copias del retrato de S. M., encargándolos prohibir la circulación que contenga defectos ó deformidades, de que por la gracia de Dios está exhausta S. M.

«Hasta tanto que se establece el jurado se prohibe á todo pintor y grabador continuar representando en pintura ó grabado á nuestra graciosa reina, hasta tanto que algun artista eminente haya sacado uno bien exacto que pueda servir de modelo para las copias que se hagan después, no siendo lícito esponer las copias al público hasta tanto que sean examinadas y dadas como buenas con arreglo al modelo.»

Se halla el extracto de este decreto en las *Memorias acerca de la corte de la reina Isabel*, por Lucy Aikin, (*Memoirs of the court of queen Elisabeth.*)

El decreto en virtud del cual prohibió la reina Isabel á los malos pintores hacer su retrato no era una

simple inspiración de coquetería, era también una reminiscencia de la antigüedad cuya historia conocia muy bien esta muger singular. El pasaje siguiente que leemos en una obra antigua, corrobora lo que hemos sentido:

«Alejandro de Macedonia no creyendo debía permitir profanasen su imagen la mano de los ignorantes publicó un edicto prohibiendo á los pintores hacer su retrato sin mas escepcion que la de Apelles; del mismo modo prohibió por el mismo edicto grabar medallas á otro que á Pyrgatela, ni representarle por la fundición de metales mas que á Lissipo.»

KOSATO: EL PIE NEGRO.

FRAGMENTO PARA ESCRIBIR UNA HISTORIA.

No habrá uno que no haya buscado en el mapa de la América Septentrional el país de esos osages que hace pocos años han venido á escitar la curiosidad de todo París; pero vuelva el lector á desdoblar el mapa, siga con la vista el itinerario que voy á trazar, y no tardará su dedo en encontrarse descansando sobre los sitios en que en 1834 han pasado las estrañas escenas que voy á describir.

Partiendo de Fort-Osage, apostadero fronterizo entre el Missouri y el límite occidental de los Estados Unidos, se toma la dirección del Oeste y se entra en el *Pais indiano*, es decir, en las desiertas y frias comarcas en donde la civilización ha hecho desaparecer los últimos restos de la población indígena. Se compone esta en el día únicamente de algunas tribus errantes que subsisten de la caza, y tal vez del pillage cuando se presenta ocasión; así es que para atravesar estas vastas soledades se ven precisados los viajeros á ir bien armados y reunidos en caravana. Se pasa el vistoso rio Kansas, cuyas orillas ocupa la tribu salvaje que lleva su nombre, que ni en dialecto, costumbres, trage, ni en nada, se diferencian de los osages que hemos visto en Francia (1). El jefe de esta tribu en el día es *Pluma blanca*, que está en continua guerra con los pawnias del Nebraska ó rio Plata: su trage revela que habita en la raya que divide la vida civilizada de la salvaje: cubre su cabeza un sombrero de tres picos con presilla de plata, sobre la que ondea una mala y viejísima pluma blanca, de la que ha tomado el nombre: viste casaca de uniforme americano, cuyos largos faldones cuelgan ridícula y desairadamente desde la cintura, y en sus hombros brillan dos grandes charreteras doradas: hé aqui la parte del trage que corresponde al hombre civilizado: el resto propio del hombre salvaje, consiste en unos anchos calzones de cuero que le bajan hasta la rodilla, en unos ajustados botines de piel de gamo que cubren sus piernas, y en el calzado que son unas abarcas entretejidas con cuentas de vidrio y perlas falsas.

Se camina por en medio de inmensas y desiertas sabanas sin árboles ni arbustos, pero cortadas en todas direcciones por riachuelos cenagosos y profundas barrancas: en aquellos parages la caza es muy rara, y el que la persigue, se ve reducido á alimentarse con patatas de la India, cebollas silvestres, tomates que se dan en los prados, ó con algunas raíces.

Cuando se llega al cauce principal del Nebraska, rio caudaloso cubierto de islas que ostentan su apacible y risueño verdor, el terreno cambia ya de aspecto: el algodonero de los bosques (especie de álamo) con sus plateadas hojas, y el sauce de flexibles ramas se complacen en reproducir sus variadas formas en la tersa superficie de las cristalinas aguas.

Por espacio de algunos dias se sigue el curso de este rio hasta llegar al sitio en que se divide en dos: el uno tiene su nacimiento al O. S. O., en las inmediaciones de las aguas superiores del Arkansas y corre hasta el país de los indios camanchos y koways, y aun hasta los establecimientos septentrionales de Méjico: el brazo del septentrion nace en un país todavía desconocido. Remontando este, se encuentran colinas pobladas de bosques, valles deliciosos, y vastas llanuras cubiertas de manadas de bisontes, especie de bueyes, que casi todos los viajeros llaman impropriamente búfalos.

A medida que se avanza hacia el O., el país va elevándose gradualmente formando colinas, y luego que el viajero se interna en las montañas vé al gamo de cola negra, mucho mas grande que el de la especie comun, que huye precipitadamente y se oculta en los bosques: también admira al pasar por aquel terreno una roca muy singular que se eleva verticalmente como un faro, por lo que se la dá el nombre de *la Chimenea*. Un poco mas adelante se perciben las crestas de Scott, y ya principia á abundar la caza del ahsaht ó cuerno largo, que es el argalio de los naturalistas. Después á la izquierda se encuentra el país de los cuervos, nacion belicosa y temible que se estiende por la escarpada falda de las montañas de Piedra-amarilla: caminando mucho mas lejos á la derecha se llega al de los pies-negros, situado á los 41° 47' de latitud Norte, y á los 102° 37' 0, del observatorio de Greenwich, y desde allí principian á percibirse en el horizonte la cima de las montañas Negras. Se atraviesa el hermoso y cristalino rio Aramio que nace al O. S. O. en cuya confluencia se ha construido en 1836 el fuerte William, y

(1) Mr. Clarke, hermano del célebre viajero de este nombre, es en la actualidad director de la factoría establecida en el país de los Kansas.

en seguida se camina por incómodos yermos tan áridos como los de la Tartaria, cubiertos en primavera de un césped desmedrado y claro que se seca en el estío dejando desnuda la tierra. Se dejan las orillas del Nebraska, para internarse en las colinas Negras y después de dos jornadas al S. O., se llega al río de Agua-dulce; se sigue su márgen, y mirando al S. O., tan lejos como puede alcanzar la vista se percibe la cadena de los montes Cataw, una de las ramificaciones del gran Chippowyan, ó montañas Roqueñas: al N. O. está el cauce del río Viento.

Después de algunos días de camino se llega á los temibles desfiladeros de las montañas de Sids-Ki-di-Agie, ó río Verde, y por último al Valle de Piedra que es el punto donde generalmente se reúnen los que comercian en pieles y los cazadores del castor para trocar y vender sus mercancías. En este sitio es precisamente donde comienza la historia que voy á referir: todo en ella es verdadero, los nombres, los trages, los hechos, las costumbres, las descripciones: hasta los mas insignificantes pormenores: he llevado la escrupulosa exactitud hasta el extremo de no variar ni una sola palabra en los discursos que pronunciaron los salvajes que figuran en ella: lo que digo yo es lo mismo que dijeron ellos, sin añadir ni quitar una sílaba; pero no crea el lector que va á encontrar en esta narración el interés y lo dramático propio de una novela romántica; y á pesar de esto, espero que lograré divertirlo é instruirlo á un mismo tiempo.

II.

Dejábanse sentir ya las dulces brisas de primavera en las desiertas sábanas que se estendían al pie de las montañas Roqueñas del Nebraska ó río Plata: el elevado pino sacudía la congelada capa con que lo cubrieran las escarchas del invierno: el sauce principiaba á ostentar la verde pompa de sus sedosas hojas, y el contero de los bosques desarrollaba entre sus embalsamadas yemas las vistosas flores amarillas que poco después habían de transformarse en capullos de algodón mas blanco que la nieve, aunque demasiado corto para ser hilado.

Entre un bosquecillo de sauces, junto á las risueñas márgenes de un riachuelo poblado de castores y ratas de almizcle se veía una habitación muy caprichosa: seis ó siete gruesas estacas de cinco pies de altas clavadas en tierra sostenían un ligero techado armado con entretregadas ramas de álamo: formaban las paredes esteras de junco clavadas á los maderos con aguzadas cuñas de madera; sujetando todas las partes de esta singular construcción largas y bien preparadas correitas de piel de gamo: algunas pieles de bisonte sin curtir cubrían por lo alto esta especie de colmena, cuyo diámetro era de unos diez á once pies: una sencilla estera clavada en el techo, y que podía subirse y bajarse á voluntad, era la puerta para la única abertura por donde entraban los habitantes, el aire y la luz: y sin embargo esta modesta vivienda era tal vez la mas cómoda y suntuosa de toda la comarca, pues era el wigwan de un indio muy considerado: de un piel-rojo. Delante de la puerta sobre un poste de nueve pies de alto se veían colgadas como trofeo seis cabelleras, que por sus ásperos, cortos y lanudos cabellos se conocía haber pertenecido á otras tantas cabezas de indios: espectáculo siempre repugnante á los ojos del civilizado europeo.

Principiaba el sol á elevarse por el horizonte, cuando de repente dos caballeros desembocando por un estrecho desfiladero se lanzaron en la llanura con toda

la precipitación y velocidad que permitían sus caballos muertos al parecer de cansancio, dirigiéndose al wigwan que hemos descrito: sus largas espuelas de hierro se hundían en los hijares de los bridones, y la inquietud, el terror y el espanto se pintaban en el semblante de los ginetes que de vez en cuando volvían hacia atrás las cabezas como para asegurarse de que no eran perseguidos.

En tanto que avanzan con la rapidez de una flecha hacia la habitación tratemos de averiguar quienes eran estos fugitivos: sus caballos de pequeña alzada pero robustos, fogosos y ligeros, se parecían mucho á los que en algunos parages de América llaman *poneys*, aunque estos habían nacido en los valles de las escabrosas y frías montañas Roqueñas. Estaban enjaezados con un gusto tan lujoso como ridículo que revelaba á la vez la vanidad de la civilización y la pobreza del desierto: las riendas y pretal estaban recargadas con abundantes perlas falsas, avalorio, moños de cintas



Kosato.

de todos colores: cubrían sus cabezas, crines y colas con variedad de plumas de águila que flotaban á merced del viento, y lo restante del cuerpo pintado artísticamente con largas listas de brillante blanco de greda, y subido encarnado de bermellón.

El mas noble de los viajeros representaba de 30 á 33 años de edad: cubría la cabeza un gorro de pieles sobre el que flotaba un penacho de plumas de águila: sus largos cabellos cuidadosamente ordenados caían con elegancia sobre sus espaldas en trenzas entretregadas con correitas de piel de nutria y cintas: las robustas proporciones y esbelto tallo se contorneaban al través de los pliegues de una especie de blusa azul que le bajaba hasta las rodillas bordada con seda de colores algo deteriorados por el sol: llevaba cubiertas las piernas con botines de cuero de particular hechura adornados con cintas, cordones y una infinidad de cascabels de latón que hacían un ruido tan incómodo como monótono, y en fin calzaba unas abarcas bordadas con perlas falsas y cuentas de vidrio, las mas elegantes que se fabrican en la India.

De sus hombros pendía una especie de capa ó mas

bien una manta de escarlata sujeta á la cintura con una ancha faja encarnada, por la que asomaban el mango de un cuchillo de monte, las culatas de un par de pistolas y la boquilla de una pipa indiana: del arzon de la silla pendía una escopeta, pintado el cañon con bermellón y la culata claveteada con tachuelas doradas figurando flores y figuras caprichosas: esta preciosa arma iba metida dentro de una funda de piel de gamo adornada tambien con diversas plumas.

Por el trage cualquiera hubiese tenido á este ginete por un guerrero indio, lo que seguramente hubiera halagado su amor propio, mas al considerar la blancura de su cutis aunque tostado por el aire y el sol, sus largos y rubios cabellos, y azules ojos, fácilmente se hubiera conocido que era un libre cazador de castores de pura sangre europea, porque todos los que se dedican á este ejercicio se parecen absolutamente al que acabo de describir.

Los libres cazadores, es decir, los que cazan el castor por su cuenta sin estar á sueldo por ninguna compañía de comercio, componen una clase de hombres tan independientes como es posible serlo aun en el estado salvaje: van y vienen donde les acomoda y venden sus pieles al que mejor las paga: generalmente se reúnen 15 ó 20 bajo las órdenes de un jefe elegido por ellos mismos: si por desgracia se encuentran alguna vez en pais infestado por hordas enemigas, entonces se agregan á una caravana de comerciantes y cazadores asalariados para que los protejan y viajen con seguridad: en este caso se someten ciegamente al reglamento establecido, y jamás faltan á la obligación impuesta á cada individuo para la general seguridad. En recompensa de la protección que se les ha dispensado están obligados á vender al jefe de la caravana todos los castores que cazan, y si prefieren venderlos en otra parte deben pagar á aquel la cantidad de 30 á 40 dólares por toda la temporada de la caza.

Cuando por primera vez abandona el libre cazador su pais civilizado cree hacer solo un corto viaje con la idea de aumentar su caudal, mas luego que llega á pisar las montañas Roqueñas se aficiona de tal suerte á la vida salvaje y arriesgada del desierto que olvida su pais natal y generalmente muchos no vuelven ya á él.

Los asalariados van siempre agregados á las caravanas de los comerciantes: todos los años durante la estación de la caza van con ellos á las montañas, y lo restante del año habitan en los pueblos donde tienen sus familias.

El cazador solitario, tan perfectamente pintado por Cooper, le ha sugerido el tipo de su bas-de-cuir, ó larga carabina; con frecuencia se une á una tribu salvaje, y adopta sus costumbres. Uno de ellos apellidado Rossa, de origen francés, llegó á ser jefe de los cuervos, nación la mas temible del desierto: fué muerto en un combate, y le reemplazó Arasporisch, que es su jefe actual.

Pero volvamos á nuestros caballeros; era el otro de pequeña estatura, y al observar sus delicadas manos, su torneada pierna, y la redondez y morvidez de sus formas, era fácil conocer que era una joven de 18 á 20 años; el brillante trage de su compañero no estaba en armonía con el suyo, que era harto modesto: sus cabellos, negros como el ébano, estaban divididos en cuatro trenzas, dos caídas atrás sobre la espalda, y las otras dos sobre el pecho, terminando todas con un lazo de cinta, y flecos de piel de gamo; llevaba en ambas orejas unas enormes bellotas hechas con finísimas correas y abalorio; su vestido consistía en una especie de túnica de piel de gamo, adornada con algunas cuentas de vidrio, cintas y perlas falsas; iba envuelta en una grosera capa de piel de bisonte, que la defendía del viento glacial de las montañas: aunque su cutis era de color de cobre bruñido, sin embargo era hermosa: llevaba pintado el rostro con cierta elegante coquetería; la barba teñida con blanco, las megillas de azul, con largas y simétricas listas de bermellón alrededor de los ojos y en la frente; era el verdadero tipo de la muger indiana.

III.

Luego que nuestros fugitivos hubieron llegado á la puerta del wigwan echaron pié á tierra; la joven pasó por su brazo las riendas de los caballos rendidos de fatiga, en tanto que el cazador entraba en la pintoresca habitación. Dos personajes acurrucados sobre una estera de junco, estaban fumando silenciosamente su pipa, con la gravedad propia del carácter indio: era el uno de ellos Kosato, piel-rojo, dueño del edificio, y su trage revelaba ser un salvaje de conveniencias, ó jefe de Chippewyan; llevaba rapada la cabeza, excepto un mechoncillo de pelo en la coronilla, que le bajaba hasta la nuca; estaba teñido de un brillante verde, erizado y levantado verticalmente de manera que se asemejaba á la cola de caballo que adorna el casco de un soldado; en el centro de este extravagante peinado se elevaba una larga pluma blanca, de cuya punta pendían manojitos de otras negras; en las orejas llevaba dos gruesas bellotas, hechas con cuentas de vidrio azul, blanco, encarnado, y amarillo, combinadas con mucho artificio; la cara de este guerrero, estaba pintada la mitad de azul, y la otra surcada con rayas de blanco y bermellón; rodeaba su cuello á manera de gorguera un ancho collar, hecho con uñas de oso ensartadas en una correita; lucían en sus hombros á guisa de charreteras dos cabelleras de indios mounitarros, ó vientres gruesos; las que peinaba

La todos los días con el mayor esmero; la blusa con mangas era de piel de gamo, cubierta la parte superior con otra de lobo, cuya cabeza, con sus orejas, dientes y ojos artificiales de vidrio, venía á caerle sobre el pecho. Lo demás del traje era en un todo semejante al del cazador, solo con la diferencia de que las mangas de la blusa estaban engalanadas con mas profusion de plumas blancas, cordoncillos de cuero, y trenzillas de crin teñido de rojo. El otro personaje era un mestizo llamado Antonio Godin, que habia heredado de su madre todo el valor belicoso de los indios, y de su padre la orgullosa vanidad de los rostros pálidos; su vestido, á no estar tan ajado y viejo, se hubiera parecido al del recién venido, á no ser por que en vez de gorro cubría su cabeza un tricorno, para manifestar su origen europeo.

Luego que los fumadores vieron levantar la estera que hacia de puerta y presentarse su buen amigo y camarada Ross con aire espantado, quedaron sorprendidos: empero no por eso eran capaces de faltar en un ápice al ceremonial del desierto: Ross se paró y permaneció inmóvil en medio del wigwan: los otros sin manifestar la menor extrañeza, sin quitar las pipas de la boca, y aun sin levantar la vista siguieron fumando por espacio de cinco minutos, arrojando nubes de humo por boca y narices, hasta que al fin Kosato presentó su pipa á Ross y le dijo:

—Hermano, seas el bienvenido á este wigwan de tu amigo: ¿te trae aquí el grande espíritu, ó el espíritu negro?

Ross bajó los ojos al suelo como si reflexionase profundamente lo que debía responder: dió diez ó doce fumadas, volvió la pipa á Kosato, tomó la que le alargaba Godin, y en seguida contestó:

—Hermano, me trae el espíritu negro.

—Siéntate en mi estera y habla: mi oreja se abre para escucharte.

—Oye, pues, hermano: sin duda te acuerdas de aquel tiempo en que cazábamos castores en el riodel Salmon, mas allá de las montañas Azules en el país de los pies-negros.

—Me acuerdo muy bien: los pies-negros son unos perros.

—Yo amaba á Palaovana la hija del sachen, porque era bella y amable.

—Si.

—Y me fastidiaba de verme solo en mi cabaña. Fui á encontrarme con su padre, y le dije: «Necesito una muger, no una joven locuela que no piense mas que en corretear y ataviarse, sino una muger sobria, prudente, hacendosa, que siga mi suerte por mala que sea sin murmurar ni quejarse, que cuide de mi cabaña y sea mi compañera en la soledad: dame tu hija.»

A la siguiente mañana vi venir á mi cabaña á Palaovana acompañada por su padre, su madre, sus seis hermanos, sus veinte y dos primos, y otros amigos: yo los recibí con el agasajo y ceremonia que correspondía; hice sentar junto á mí á la desposada, luego cargando mi pipa con excelente tabaco di dos ó tres fumadas, y en seguida la pasé al sachen como simbolo de paz y alianza: él la traspasó á su hijo mayor, este á los otros hermanos, y así fué pasando de unos á otros hasta que todos hubieron fumado en medio del mas profundo silencio y recogimiento. Despues de haberla llenado y apurado doce veces, el sachen tomó la palabra, no como padre, sino en calidad de gefe, y detalló todas las obligaciones que contrae la muger para con su marido: «Palaovana, le dijo, respetarás á tu marido, lo amarás y obedecerás: á tu cargo estará el arreglo de la cabaña, el cuidado de los caballos, de las pieles y quehaceres domésticos; tú serás su criada, su caballo y su perro.»

Luego que concluyó de hablar, distribuí yo entre los parientes y amigos 180 dólares, y en seguida se marcharon. Tú puedes acordarte muy bien de esto que digo, Kosato, porque tu padre era el sachen, y eres hermano de Palaovana.

—Si, dijo el salvaje, exhalando un suspiro envuelto en una nube de humo.

—Mi generosidad habia agotado mi caudal: aquel invierno fué crudísimo, los castores muy raros, y la caza pésima: cuando concluyó la estacion dije á mi muger: soy pobre, no puedo comprarte perlas para tus cabellos, sortijas para tus dedos, ni cascabeles para tus abarcas: vuélvete al wigwan de tu padre: espérame allí que yo volveré. Palaovana obedeció llorando, y yo marché despues de haber recogido las trampas y cepos que tenia armados para la caza: esto fué ahora tres años: desde entonces he sido afortunado, he cazado mucho castor, y hace una luna que me acordé de la promesa que habia hecho á tu hermana: me encaminé hácia el rio Verde, y cuando me presenté á mi muger, echó á llorar: habia llegado demasiado tarde.

Hacia ya dos estaciones y seis lunas que habia sido muerto tu padre el sachen combatiendo con los cuervos, y lo que hay de mas particular en su muerte, segun me han dicho, es que fué herido por la espalda cuando marchaba delante de Shi-wi-shi-Ovai-ten (1); este declaró que no habia advertido cuando recibió el golpe fatal: y el cadáver se encontró sin haberle arrancado la cabellera.

(1) El indulgente lector disimulará este nombre tan largo, pues no está en mi mano hacerlo mas breve, y debe agradecer que no entren á figurar en esta historia Yo-mus-ro-y-cut, gefe de los nez-perces inferiores, (narices horadadas) ó á O-puck-y-cut, ni á Hay-shi-in-cow-cow, todos guerreros muy temibles y considerados que viven actualmente en las faldas y quebradas de las montañas Roqueñas.

—Shi-wi-shi-Ovai-ten es un infame, exclamó Kosato.

—Habiendo sido nombrado gefe de la tribu porque tuvo maña para hacer que el gran consejo declarase que eras tú demasiado jóven para mandar á los guerreros del país, se casó con Palaovana. Shi-wi-shi-Ovai-ten la amaba, y sin embargo tu hermana era desgraciada, tanto porque no podia olvidarme, como porque la primera muger del nuevo gefe, como mas antigua, disponia de todo despóticamente, y la maltrataba porque estaba celosa: Palaovana ansiaba llegase el momento de verse libre de su tiranía. Cierta noche nos citamos para concertar el modo de salvarnos: á pesar de haber sido con el mayor sigilo y en un espeso bosquecillo de sauces, fué descubierta nuestra entrevista: los estruendos que hizo el celoso pie-negro fueron terribles: en su wigwan se oyeron voces coléricas, ruido de golpes y lamentos de muger.

Yo me hallaba en mi cabaña tendido sobre mi piel de oso, mas sin poder cerrar los ojos porque mi corazón oprimido por el dolor no podia encontrar algun alivio si no es pensando siempre en Palaovana; cuando á eso de media noche oigo una voz muy dulce y al mismo tiempo unos golpecitos á la puerta. Me levanto precipitadamente, abro la puerta y veo á mi muger temblando de miedo y dispuesta á seguirme adonde quiera llevarla. No perdí un instante, tengo dos caballos fuertes y ligeros, los ensillé sin hacer ruido, y pocos momentos despues ya galopábamos sobre la nieve de las montañas: afortunadamente impelida esta por el viento cubria las pisadas de los caballos de manera que era imposible nos siguiesen la pista. Por espacio de seis dias hemos atravesado desfiladeros escabrosos, impetuosos torrentes, praderas cubiertas de nieve, espoleando sin cesar los hijares de nuestros corceles, porque la menor ráfaga de viento se nos figuraba eran voces lejanas de los pies-negros que venian á nuestro alcance.

—Los pies-negros son mugeres cobardes, dijo gravemente Kosato.

—Por último, ayer he encontrado un indio errante y me ha informado que el campo del capitán Sublette y el de mis antiguos amigos los narices-horadadas estaban en el Valle de Piedra, y que tú habias construido un wigwan entre estos sauces, y heme aquí: tu hermana está ahí fuera, añadió señalando la puerta de la cabaña.

—¡Palaovana! exclamó el indio olvidando su ceremoniosa gravedad.

—Si, Palaovana.

Kosato deja caer bruscamente su pipa, se pone en pie y en menos de un segundo ya están abrazados estrechamente los dos hermanos, y entran en la cabaña asidos de las manos dándose mil pruebas del mas acendrado cariño. Entre los indios las vivas demostraciones de amor que se reusan en público á la esposa, se prodigan sin degradar su gravedad á la madre ó á una hermana. Ross y su muger tenian hambre y sed: inmediatamente se enciende una grande hoguera en medio del wigwan: sale fuera Kosato y poniéndose en la boca una hoja de sauce imita con la mayor propiedad el triste y prolongado canto del buho; á los pocos momentos entra una jóven agoviada con el peso de un grueso gamo que trae sobre sus hombros: lo deja caer en tierra y se arroja á los brazos de Palaovana: ¡ha reconocido á su compañera de infancia! los dos jóvenes desuellan el gamo con la mayor destreza, lo hacen trozos, y ponen á asar sobre las ascuas en tanto que en un caldero de cobre cuece un salmon que pesa veinte libras.

IV.

En tanto que las dos jóvenes activas preparaban la comida con suma diligencia, los tres hombres acurrucados en una misma estera seguian fumando con la mayor indiferencia sin hablar una sola palabra: así pasó media hora sin desplegar sus labios, hasta que el mestizo Godin quita su pipa de la boca.

—¿Se conocen esas muchachas? ¿desde cuando? preguntó haciendo un esfuerzo, y sin añadir mas volvió á fumar quedando todo en el mismo silencio durante algunos minutos.

—Mi muger es pie-negro, contestó Kosato reposadamente, lo mismo que mi hermana y yo: ahí la estais viendo; Kitchy es buena, es hermosa, y por eso la amo yo, y tambien porque hemos jugado juntos cuando éramos niños, y sin embargo ha sido la causa de todas mis desgracias. Mucho tiempo antes de que Palaovana fuese muger de nuestro gefe, lo era ya Kitchy, y la amaba mucho mas que su marido y él no lo ignoraba: habíamos y jugueteábamos siempre que se presentaba ocasion, ansiando siempre estar juntos, pero éramos tan inocentes como el niño que acaba de salir del vientre de su madre: Shi-wi-shi-Ovai-ten sospechó un mal que no existia, y se apoderaron los celos de su pecho, que luego se convirtieron en furioso frenesí: la mandó que en lo sucesivo se abstuviese de verme, la maltrataba á cada paso sin motivo y sin compasion, amenazando quitarla la vida si se atrevia tan solo á mirarme. Ved esta cicatriz, prosiguió Kosato acercándose á su muger y descubriendo su espalda, es de una herida que la hizo con su puñal, es una prueba de su ferocidad. No era menos violenta la cólera contra mí, pero no se atrevia á manifestarla por ser yo hijo del sachen que habia asesinado para usurparle el mando.

Hacia algunos dias que varias partidas de cuervos

aguerridos vagaban por las inmediaciones de nuestro país, y se habia descubierto su pista: mi corazón anhelaba el combate, mis caballos atados á la puerta de mi wigwan relinchaban de impaciencia, cuando llegando á ellos Shi-wi-shi-Ovai-ten, los desató y diciendo que eran suyos se los llevó. Yo que no veia la hora de batirme con mis enemigos me ví precisado á ocultarme sin ser visto, y al huir con las débiles ancianas y tiernos niños rechinaba los dientes, la desesperacion desgarraba mi pecho... ¿pero qué podia hacer yo solo contra el que era mi gefe? reconcentré el agravio en mi corazón y lloré mi deshonra sin que nadie lo notase.

Al llegar aquí llamó Kosato, cargó su pipa y fumó durante algunos minutos.

—¿Y luego? preguntó el mestizo.

—¿Luego? me estaba paseando un dia por la pradera cuando ví al gefe rodeado de sus caballos y de los míos. No mira el buitre su presa con el concono que fijé yo á mi enemigo, la sangre hervia en mis venas, me faltaba la respiracion... él se internó en un bosque de sauces y yo no sé como fué, que en un abrir de ojos me hallé junto á él, el puñal en la mano y el infame revolcándose á mis pies traspasado el pecho con dos heridas. Creí que lo habia muerto, y conocí todo el peligro de mi situacion: arrastré el cadáver á una hoya, lo cubrí con ramas y tierra, y en seguida fui á encontrar á Kitchy.

Le recordé mis agravios, los crueles tratamientos que habia sufrido ella, las inauditas maldades del sachen, el asesinato de mi padre, y en seguida la enteré de como me habia vengado, instándola á que huyese conmigo: ella vertia amargas lágrimas pero se negó á seguirme. Mi corazón estaba desgarrado pero mis ojos permanecian secos.

«Muy bien, suspiré al fin, Kosato huirá solo al desierto y no tendrá mas compañía que las bestias feroces de los montes: los que van á caza de hombres, los sedientos de sangre humana seguirán sus huellas, tal vez lo sorprenderán mientras esté durmiendo, y entonces saciarán su venganza... pero tú, Kitchy, no temas, no tengas recelo, Kosato partirá solo.» Dí un paso para alejarme, mas ella precipitándose en mis brazos exclamó: «No marchará solo, Kitchy lo seguirá á todas partes, no se separará jamás de su lado.»

Salimos silenciosamente de la poblacion, montamos en los primeros caballos que encontramos, y caminando dia y noche, llegamos pronto al país de los narices-horadadas. Son estos buenos, hospitalarios, y nos hicieron muy buena acogida; pero su corazón es apocado como el del gamo. Cuando llegué á saber que Shi-wi-shi-Ovai-ten no habia muerto de sus heridas, y que mis parientes y amigos me habian perseguido obstinadamente para vengarlo, dije para mí: los pies-negros son unos infames; pero Kosato les hará una guerra á muerte: con esta determinacion he venido al campo de los corazones-grandes del Este (los blancos): lo demás ya lo sabeis (1).

—Los pies-negros son unos lobos, exclamó Antonio Godin, ellos asesinaron á mi padre que era blanco, hicieron morir de pena y sentimiento á mi madre; pero todavia circula sangre por mis venas y late mi corazón: verémos... no digo mas (2).

Despues de una comida tan sustanciosa y abundante como suelen ser todas las de los cazadores del desierto cuando la caza ha sido feliz, con unas esteras hicieron tres separaciones en el wigwan: los hombres se echaron á dormir sobre pieles de oso: las mugeres, antes de acostarse, fueron á recoger los caballos que habian dejado sueltos en la pradera, los entraron en una pequeña cerca que habia junto á la habitacion hecha con gruesas ramas de álamo y algunas estacas: con una cuerda de 18 pulgadas de larga les ataron el brazo derecho con la pierna del mismo lado, anudando fuertemente el cabo á unos pequeños piquetes clavados en tierra: concluida esta faena y puesto en orden todo el menage de la choza fueron á reunirse con sus maridos.

Durmieron todos con la mayor tranquilidad y sosiego, porque estaban confiados en que en caso de alguna alarma ó sorpresa los despertarian sus caballos, y en verdad que en aquellos parages no hay centinelas mas seguros y vigilantes que estos brutos.

Luego que asomó el sol por el horizonte, los cazadores se pusieron en pie: Kosato y Godin montaron á caballo para ir á caza de una manada de bisontes que habian invadido la llanada la víspera. Ross y su muger marcharon al campamento del capitán Sublette para implorar su proteccion contra el gefe pie-negro.

V.

Tan pronto como Shi-wi-shi-Ovai-ten supo la fuga de su muger con el cazador Ross, montó precipitadamente

(1) La relacion de Kosato es tan parecida á la de Ross que no ha sido posible introducir ninguna variedad: no me ha sido posible hacer nada en este punto: he prometido no alterar ni un ápice los sucesos aun los mas insignificantes y aun cuando sepa que he de fastidiar, no me apartaré del plan que me he propuesto: si no logro divertir á mis lectores al menos me quedará el consuelo de que he procurado instruirlos.

(2) El rio en cuyas orillas asesinaron los pies-negros al cazador Godin lleva desde entonces su nombre: corren sus aguas á lo largo de la colina llamada las Tres Puntas, y va á desembocar en el gran rio La Serpiente: en todo este país muchos sitios deben su nombre á semejantes acontecimientos; así es que se llaman las Crestas de Scot las rocas en que fué asesinado el americano de este nombre; como se apellida Valle de Piedra aquel parage desde que fué sorprendido y muerto el cazador trampero.

mente en el mas ligero y vigoroso de sus caballos y corrió tras de ellos: no tardó en dar con la pista de los fugitivos, y estuvo á punto de alcanzarlos; empero el viento que soplabá con impetu de las montañas cubrió con nieve las pisadas de los bridones de tal suerte, que á la siguiente mañana perdió la direccion del camino que llevaban: no obstante, sospechando adonde se encaminaban, dejó de perseguirlos por aquel lado, tomó un atajo sumamente escabroso; pero que conducía directamente al campo de los rostros blancos, esperando de poder llegar antes que ellos.

El capitán William Sublette, socio de la compañía creada para la compra de peletería en las montañas roqueñas, mandaba aquel año (1834) la caravana de cazadores que se envían anualmente desde San Luis al Valle de Piedra, punto general de reunion, no solo para cazar, sino tambien para comprar las pieles á los cazadores libres y á los indios.

Este comandante, tan activo como intrépido, iba acompañado de su hermano Milton Sublette, de Mr. Roberto Comptell, su socio de negocios, de algunas otras personas y de sesenta hombres bien montados y armados que escoltaban una larga recua de bestias de carga. Durante el camino junto á las márgenes del Missouri habian encontrado otra caravana de comerciantes y cazadores de la Nueva Inglaterra mandada por Nathaniel J. Wyeth de Boston. *Estos señoritos de alcornoque*, como llamaban los cazadores libres á los habitantes de las ciudades que no saben manejar una escopeta ni abrirse un camino, á través de las hordas salvajes en los bosques habian osado internarse por la vez primera en los desiertos del O., pais para ellos enteramente desconocido. Reunidas las dos caravanas llegaron con sumo trabajo al punto general de reunion. Ya estaba allí para agregarse á ellos el robusto y aguerrido montañés Mr. Fitz Patrick, y acampados quince cazadores libres que habian elegido por gefe á un esforzado y valiente habitante de Arkansas llamado Sindair. A cosa de una milla de distancia, habian formado dos ranchos los indios que habian ido á comerciar, el uno de los *narices-horadadas* ó chop-punish, y el otro de los *cabezas aplastadas*: en fin, de trecho en trecho entre la espesura sobresalian algunas chozas de indios ó cazadores aislados, tal por ejemplo, el wigwan de Kosato. En aquel momento el Valle de Piedra, generalmente desierto, encerraba una poblacion de muchos centenares de hombres, tanto civilizados como salvajes.

El primero que encontraron Ross y su muger luego que entraron en el campo del capitán Sublette, fué al gefe Shi-wi-shi-Ovai-ten; verlos este, sacar su cuchillo, y precipitarse hacia su muger para darla de puñaladas, fué obra de un momento; Ross, pronto como el rayo, se puso entre los dos, y paró el golpe homicida, y entonces principió un encarnizado combate entre el indio feroz y el robusto cazador, centelleaban sus aceros al chocar el uno contra el otro; sujetan la muñeca derecha con la mano izquierda, haciendo cada uno inútiles é inauditos esfuerzos para desasirse y herir á su enemigo: se les vé por un momento inmóviles, pegado el uno contra el otro, procurando derribarse, hasta que por último ambos caen á tierra; lucha tan terrible nunca dura mucho, y comunemente termina con la muerte de los dos antagonistas. El indio sin poder respirar, y oprimido por el cazador, se debilitaba por momentos, y ya iba á recibir el golpe mortal, cuando los del campo, que habian acudido al sitio de la escena al oír los gritos de Palaovana, se echaron sobre los combatientes, los desarmaron y lograron separarlos.

Segun las leyes que rigen en el desierto, se nombraron sobre la marcha jueces supremos, que despues de haber oído á las dos partes fallaron solemnemente y sin apelacion, que respecto á que el cazador tenia derechos mucho mas antiguos que el salvaje á Palaovana, quedase por suya; mas que para indemnizar á aquel, le daria Ross los dos caballos que habian montado para fugarse.

Shi-wi-shi-Ovai-ten, que se veia solo y sin apoyo, hubo de conformarse, y al menos lo aparentó con la sentencia de aquel arcópago; sin desplegar los labios, montó á caballo, cogió por la brida los dos que le habian adjudicado, y echando una iracunda mirada á Ross y á su trémula esposa, en breves momentos desapareció por los desfiladeros de la montaña.

Contento el cazador con la pacífica posesion de su amada, sintió muy poco la pérdida de sus caballos, y muy gozosos regresaron á pie al wigwan de su hermano Kosato.

De vuelta á su tribu, el gefe pié-negro ya no pensó mas que en su venganza, determinado á satisfacerla, esterminando no solo á los dos que le han ofendido y á los pellejos-blancos, compatriotas de Ross, sino tambien á los narices-horadadas, que habian acordado su proteccion á Kosato.

Shi-wi-shi-Ovai-ten era astuto y vengativo, como lo son todos los indios; para llevar á cabo sus siniestros proyectos, supo insinuarse en el ánimo de los ancianos y gefes mas influyentes del pais, porque nadie mejor que él conocia la innata y desordenada pasion de los salvajes por el combate y la rapiña, despertó su codicia, halagó su genio belicoso, y por fin consiguió introducir en sus pechos el mismo ardor y sed de venganza que abrasaban su corazon. Todo así dispuesto, convocó á los gefes para celebrar un gran consejo.

Mas de cuarenta individuos, los mas notables é influyentes se hallaban reunidos, sentados formando

círculo, y fumando sus pipas; mas de dos horas habian trascurrido, guardando todos el mas profundo silencio, esperando que el espíritu grande inspirase á algun orador, cuando de repente un venerable anciano se pone en pié, aparta la pipa de sus labios, y dice: «La guerra hace correr la sangre, es la fuente de todos los males; si hay paz no hay alarmas; el sueño cierra los párpados del gefe, los jóvenes cazan sin recelo y alimentan sus familias, los caballos vagan por las montañas, las mugeres y los niños se pasean libremente por la pradera, y nuestros hermanos blancos y rojos vienen á fumar con nosotros su pipa; la paz deja espeditos los caminos que conducen al extranjero á nuestras chozas; la paz es buena.»

No habló mas el anciano: volvió á sentarse en la estera, y llevó su pipa á la boca; mas de un cuarto de hora quedó en silencio el consejo, meditando profundamente las palabras del orador; Shi-wi-shi-Ovai-ten se levanta.

«La guerra, dice, tiene abiertos los ojos del gefe, y hace fuertes y ágiles los miembros de los jóvenes: si hay guerra todo el mundo está alerta, si vemos pisadas ellas nos anuncian la proximidad del enemigo, sabemos que viene á traernos la guerra y nos preparamos para recibirlo: el corazon del blanco es impostor: su lengua es un lazo: viene á nuestros hogares como hermano: fuma su pipa de paz con nosotros, pero si nos ve confiados y desprevenidos roba y mata: oíd lo que nos han dicho nuestros padres: los blancos han venido de la parte del Este para apoderarse de vuestras tierras, matar vuestra caza, robar vuestros ganados, y arrojaros del pais en que reposan los huesos de vuestros antepasados desde las orillas del gran lago Salado hasta las heladas fuentes de nuestros caudalosos rios: ¿y qué os han dado los blancos en cambio? La peste negra que mata (1), el agua de fuego (2) que mata, ¡el fusil que mata! Con el fusil el cobarde se hace temible al guerrero mas esforzado y animoso: en fin, nos han traído todo lo mas malo que les ha legado el espíritu del mal; ¿hay alguno entre vosotros que diga lo contrario? ¿que niegue lo que yo digo? Que se levante, que hable, yo le escucharé si interrumpirlo, pero que se remonte tan alto como una montaña para que sus palabras corran como el viento y las oiga todo el mundo; empero despues de haber hablado que no descienda de la cumbre para ocultarse en el abismo.

Shi-wi-shi-Ovai-ten guardó silencio por un momento, aunque estaba harto seguro de que ninguno tomaria la palabra. No hay ejemplo de que en estas discusiones interrumpa ningun indio al orador antes de haber concluido su discurso aun cuando dure todo un día. Cuando el gefe se convenció de que el suyo habia producido el efecto que deseaba, «Nadie habla? continuó diciendo, pues bien, yo afirmo que todo aquel que desea ver á los blancos en nuestras praderas es un traidor de cualquier nacion que sea: si es un pié-negro es traidor á los piés-negros, si un cuervo es traidor á los cuervos, su corazon aborrece á todos los hombres libres que viven bajo nuestro sol. ¿Qué se han hecho las naciones que cazaban con nuestros padres en los bosques de apuntar el día (3)? ¿Dónde están los mohicanos, los hurones, los algoquines, los nepisincos, los ontawas, los anaguas y otros ciento que han desaparecido hasta sus nombres? ¿no existen ya! ¡han partido al Oeste, al pais de los espíritus! ¿sus hijos? ¡muertos! ¡todo ha muerto, hasta el pastor y el gamo, hasta los árboles de los bosques, hasta el musgo que tapizaba las rocas!

«Los rostros-pálidos han removido la tierra, la han descubierto á los rayos del sol, y se han hecho esclavos, porque el que labra la tierra encuentra al fin de su campo la cuerda que lo sujeta: la mentira y el fraude son los que germinan en su pecho para pleitear siempre entre *lo tuyo* y *lo mio*. Nosotros somos cazadores, somos guerreros, somos libres: en nuestros bosques es donde nuestros ojos pueden ver, y nuestras orejas oír: en ellos es donde podemos alcanzar todo lo que nos huye: si luce el sol para los blancos en nuestro pais nada haremos porque nada tendremos que hacer: si no nos oponemos á la invasion de los pellejos-blancos, nos sucederá lo que á nuestros parientes de Oeste, porque la luna que ha pasado es madre de la que va á venir: el que propone que se reciban en nuestras comarcas, que comerciamos con ellos tiene sed de aguardiente: mañana en el delirio de su embriaguez querrá que les cedamos nuestros bosques: ¡es un traidor que merece la muerte!

«Si estaban destinadas para ellos estas montañas, ¿por qué no ha hecho su dios que naciesen en ellas?

«Si Manitou las ha creado para nosotros, ¿por qué no deberemos conservarlas y defenderlas? ¿somos por ventura mugeres ó osos?

«No: nosotros no podemos apeteer semejante paz: desenterremos nuestro tomawok y tengamos guerra (4).»

Despues de tres dias de acaloradas disputas y largos debates en el gran consejo quedó resuelta la guerra: luego que apareció el siguiente día todos los guerreros de la tribu se reunieron en la gran plaza formando estenso círculo: el sachen ataviado con sus mas ricos vestidos se colocó en el centro, y desenterró el to-

mawok que probablemente habria escondido él mismo la vispera, lo ató á una pértiga de diez pies de alta, en cuya punta ondeaba una ancha banderola roja guardada con plumas blancas y negras, que eran el signo distintivo de la tribu, y la enarboló mostrándola á todos los circunstantes: entonces los guerreros entonaron una cancion en tono monotonó y bajo que fué aumentando por grados hasta terminar en un grito agudo, prorumpiendo todos á la vez el de guerra: Warhoupp, Warhoupp, Warhoupp, aullando de un modo espantoso con toda la fuerza de sus plumones. En seguida se cogieron de la mano y principiaron á dar vueltas en torno de su gefe, balanceando los cuerpos tan pronto de izquierda á derecha, como de atrás hacia adelante: hicieron luego alto, y uno de ellos entró dentro de la rueda y contó enfáticamente todos sus hechos de armas, volviéndose mesuradamente á su puesto; á este siguieron otro y otros hasta que todos hicieron público alarde de sus proezas. Entonces continuaron los cánticos concluyendo con una terrible explosion de gritos de guerra y aullidos atronadores.

Durante esta ceremonia, las mugeres y niños se ocupaban en empaquetar los víveres, utensilios caseros, vestidos, alhajas, en una palabra, cuanto tenian: desatan las esteras de los wigs wans, las arrojan con las pieles de bisonte que cubrian el techo, y lo colocan todo con el mayor primor encima de los caballos, acomodando á los niños entre los fardos. Los jóvenes que no estaban todavía en disposicion de empuñar las armas, se ocupaban en ensillar los caballos que estaban destinados para la guerra y caza, mientras que los hombres se pintaban las caras con blanco, amarillo, azul y rojo, de una manera tan ridícula como espantosa.

A medio día la vanguardia de los piés-negros compuesta de guerreros los mas jóvenes y valientes mandada por el sachen habia llegado ya á los desfiladeros de la montaña: seguia á esta el cuerpo de la expedicion compuesto de mugeres, ancianos y niños unos á caballo, otros á pie cuidando de los bagages, marchando despues á retaguardia un lucido escuadron.

Los mas sagaces perfectamente montados iban de descubierta delante de la caravana con orden de registrar á derecha é izquierda hasta el mas insignificante matorral para evitar cualquiera sorpresa. Ya se sabe que las hordas errantes de los salvajes siempre caminan con estas precauciones.

Despues de puesto el sol acampaban en los valles en que podian encontrar alimento para sus caballos, que muchas veces cuando la nieve cubria la tierra consistia en algunas ramas de álamo, sauce ó mimbrres, ó en algunos puñados de yerba molido helada. Las mugeres disponian las chozas, cuidaban de las bestias y preparaban la comida, en tanto que los hombres tendidos sobre las pieles fumaban negligente-mente sus pipas.

Por la noche se oia alrededor del campamento el desagradable é impaciente aullido de los perros montaraces, lobos y zorras, que á la siguiente mañana corrian á disputarse en el ya entonces desierto y silencioso valle los restos que pocas horas antes habian dejado una numerosa poblacion belicosa y llena de vida. Los salvajes del desierto cuando pisan las montañas roqueñas son fiel traslado de los beduinos de Sahara escepto su religioso fanatismo.

Por espacio de doce dias caminaron por los angostos y escabrosos desfiladeros de Chipewian, haciendo alto por la noche en medio de espesos bosques de pinos ó pantanos impracticables á cualquiera otro que no fuesen ellos: toda su atencion y cuidado se dirigian, como de costumbre, á ocultar sus pisadas al enemigo que hubiera intentado seguirlos.

Llegaron por fin á las sombrías gargantas que lindan al Oeste con el Valle de Piedra, y entonces hicieron alto.

En el centro de una especie de precipicio inaccesible herizado de peladas y gigantescas rocas, rodeado de torrentes y caudalosos rios habia un pequeño prado cubierto con sauces y álamos blancos y en este parage determinaron construir sus wigwan, porque además de completa seguridad les proporcionaba yerba y agua para sus caballos; en un momento se desliaron los fardos, se desarrollaron las esteras y pieles, se clavaron las estacas, y aquella misma noche vió elevarse como por encanto una poblacion en aquel agreste sitio. Se enviaron espías por todo el pais y muy en breve no se dió un paso en el Valle de Piedra sin que en el momento no estuviese sabedor Shi-wi-shi-Ovai-ten; supo el gran número de viajeros que se habian reunido, y que era imposible atacarlos en aquel momento con buen éxito, porque él no contaba mas que con unos trescientos combatientes: así pues resolvió permanecer quieto en su campo hasta mejor ocasion.

(Se continuará.)

REFLEXIONES ACERCA DE LOS ESCRITOS FANTASTICOS.

EL CUENTO.—ESCENAS ORIENTALES.

El cuento es una relacion fabulosa en prosa ó en verso, de una aventura grave, divertida, maravillosa ó interesante; el cuento es muy antiguo; pero no somos sin embargo del parecer de aquellos escritores que hacen remontar su origen á la creacion del mundo, suponiendo como ellos que los libros de Moisés están llenos de cuentos, opinion que tambien ha adoptado

Parny cuando tuvo la ocurrencia de entretenerse en poner en verso las *Galanterías de la Biblia*.

En la India, cuna de todas las religiones, de todas las ciencias, en las márgenes del Ganges, entre los bramias, es donde el cuento ha tenido su origen, así como la fábula, que reconoce Bibpai por su padre; pero no sería tan fácil decir quien ha sido el creador de los cuentos; mas lo que hay de cierto es que de la India pasaron á Persia y á la Arabia, pero mucho tiempo antes que Khosrou-Nouschirvan (Cosroes I), rey de Persia, hubiese reconquistado las provincias septentrionales del Indostan y recibido la traducción persa de el *Houmayoun-Nameh* (libro imperial), de Bibpai. La maravilla de los encantamientos, los peris de los persas, los gins de los árabes, el poder de los genios y de los talis-



Escena I.

puestos por Cheikh-Zadeh, para divertimento del sultan Amurato II, del cual era preceptor; *Los cuentos y fábulas indias* de Bibpai y de Lokman, traducidos por Ali-Tchelebi-Ben-Saleh, autor turco. *Los cuentos de los genios*, ó *las encantadoras lecciones de Horem, hijo de Asmar*, traducidas del persa al inglés por sir Ch. Morrell; en fin, una continuación de las *Mil y una noches*, traducida por don Chavis, monge de San Basilio en París. Entre las felices imitaciones de los cuentos orientales, citaremos las *Aventuras de Abdalla*, por el abate J. P. Bignon, continuadas y terminadas por Colson; los *Mil y un cuarto de hora*, cuentos tártaros, por Guenlette, los *Sultanes de Guzarate*, ó los *Sueños de los hombres despiertos*, cuentos mongoles, por el mismo. Todas estas obras y algunas otras



Escena II.

bre y la Divinidad, constituyen el fundamento de los cuentos persas de *Mil y una noches*, de *Mil y un día*, traducciones hechas en todos los idiomas, y que obtuvieron tanto éxito en los primeros años del siglo XVIII. En estos escritos no buscamos filosofía, ni objeto verdaderamente moral, sino fecundidad, variedad, un extraordinario fondo de interés, una pintura fiel del carácter y de las costumbres de los pueblos orientales; sus ideas religiosas, artificios audaces de sus mugeres, la hipocresía de sus dervices, prevaricaciones de sus cadis, truhanerías de sus esclavos. Las *Mil y una noches* no tienen otro objeto que el de divertir á un sultan por medio de cuentos para impedir hacer morir á la muger que los refiere. El objeto de los *Mil y un día* es mas razonable: se trata de probar á una princesa prevenida contra los hombres que estos no pueden ser fieles en el amor; pero si acaso hay mas interés, si son conducidos con mas elegancia, ofrecen menos invención y variedad, y se apercibe que son la



Escena IV.



Escena III.

obra de un sacerdote, en su odio fanático contra la religion de los magos, destruida en Persia por los musulmanes; este era un dervis llamado Mocles. En cuanto á las *Mil y una noches*, no se conoce al autor árabe; parecen ser de diferentes autores. Reimpresas muchas veces, se han insertado las unas y los otros en la colección de los cuentos intitulada *El gabinete de las hadas*. También se encuentran allí respecto



Escena V.

manes, las ficciones de la teología oriental, fundadas en las creencias de seres intermediarios entre el hom-

bre á cuentos orientales, la *Historia de la sultana de Persia y de los cuarenta visires*, cuentos turcos, como no citamos, han sido reimpresas en el *Gabinete de las hadas*; pero hay otros cuentos del mismo gé-

nero que no figuran allí, ya porque no han sido conocidos de los editores de esta coleccion, ya porque han

Alejandro Dow, y posteriormente al francés; *Cuentos turcos*, traducidos por Digeon á continuacion de su

fué posteriormente. En Italia, Grazzini Lasca Pulmonge Bandello, Straparola, escribieron cuentos y



Escena VI.



Escena VII.



Escena VIII.

sido publicados despues. Tales son los *Cuentos persas*, por Inatula de Dehly, traducidos en inglés por

compendio de la Historia otomana; *Cuentos*, traducidos y añadidos por Mr. Causin de Perceval, en la edicion que ha dado de las *Mil y una noches*; el *Pais de las rosas*, de Sadi, de cuya obra existe mas de una traduccion francesa: el *Pais de la primavera*, por el mismo, menos conocido en Francia; *Cuentos*, *fábulas*, etc., sacados de diferentes autores árabes y persas, por Langles; *Fábulas y cuentos indios*, por el mismo; *Cuentos orientales ó Relaciones del sábio Caleb*, *viagero persa*, por madama Monnet; *Cuentos árabes*, por Goulliard; *Cuentos orientales*, traducidos del inglés y del alemán, por Griffet La Baume; *Nuevos cuentos árabes ó Suplemento á las Mil y una noches*, por Guillon; *Cuentos chinos*, traducidos ó publicados por Abel Remusat. Estos cuentos son muy sencillos y contienen menos hechos, menos narracion, menos efectos de imaginacion, que conversaciones acerca de la moral y pormenores domésticos.

En la edad media, en cuya época la nobleza

vivia retirada en sus tierras, los trovadores iban de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, los unos cantando romances, los otros recitando fábulas ó fabels. Muchas veces al terminar la comida, cada convidado pagaba su escote para satisfacer al trovador; esta manera de divertir á una sociedad proviene de los orientales, entre los cuales está todavía en uso. Las novelas caballerescas dimanadas probablemente de los moros de España, eran muy conoci-

das en toda Europa; pero su narracion prolija no podia cautivar una atencion sostenida en un festin. De aqui vinieron sin duda los cuentos que componen lo que se llama en Francia *Biblioteca azul*.

Entonces aparecieron tambien las primeras fábulas ó fabels, de origen árabe, traídas de Oriente por los franceses y los españoles, que de todos los pueblos de Europa fueron los que mas figuraron en las cruzadas. Algunos de estos cuentos, tales como los de *Aristóteles*, de *Hipócrates*, etc., evidentemente provienen del griego, pero con la intermediacion de los musulmanes, porque en los floridos dias del califato, las mejores obras griegas, y particularmente las de aquellos grandes hombres, fueron traducidas al árabe.

La mayor parte de las fábulas son indecorosas, y sin embargo, una de aquellas la lee un padre que instruye á su hijo. Se encontraban allí no obstante sentimientos caballerescos y poca sátira contra los sacerdotes, los religiosos y los frailes, porque la corrupcion del clero secular y regular no era entonces tan completa como lo

velas que participaban del mismo gusto; Bragiantino puso en verso las novelas de Bocacio: el jesuita español Rivadeneira, fiel al espíritu de su clase y de la nacion en que habia nacido, no buscó en los cuentos



Escena IX.



Escena X.

franceses sino aquellos que se referian á la devocion; hasta que el célebre Miguel Cervantes vino á ser el inventor de otro género de novelas que el buen gusto y las costumbres no pudieron reprobar, siendo ade-



Escena XI.

mas como Bocacio el gefe de una nueva escuela. A estas novelas, á estos cuentos en prosa, se pueden agre-

gar otras dos especies de cuentos tambien en prosa, que aparecieron en el siglo XVIII y XIX, que ofrecen menos imaginacion que filosofia, y que por consiguiente enseñan menos la moral que pintan el espíritu de las costumbres del tiempo: tales son los *Cuentos filosóficos* de Voltaire, los *Cuentos morales* de Mercier, de Marmontel, de Imbert, de Charpentier y de Cambray, los *Cuentos morales y alegóricos* de Bossuet.

Los imitadores de Bocaccio continuaron primero escribiendo en prosa, aunque sus cuentos fuesen licenciosos. El cuento es el género mas agradable y mas variado de la literatura, y es muy difícil señalar al cuento reglas fijas.

EL LADRON DE LA CORTE.

(Novela.)

CAPITULO PRIMERO.

La taberna de la reina.

En 1362, reinando Erico XIV, un polaco llamado Boleslao, emigró en Suecia, á causa de ciertos altercados con la justicia de su país. Dotado de un talento esquisito para el robo y de una audacia sin límites, poseía Boleslao todas las cualidades que han adornado en todos los tiempos á los ladrones célebres.

A su llegada á Stocolmo se apresuró á afiliarse en una compañía de bandidos nacionales, cosa que deseaba ardientemente; y con ayuda de unas treinta piezas de oro, resto de las importadas de Varsovia, logró alcanzar bien pronto una distinguida popularidad entre sus compañeros, que reconocían en él una inteligencia superior, una mirada de buitre, mucha prevision al ejecutar sus atrevidos proyectos, y sobre todo una providad inverosímil. Estas virtudes reunidas le hacían un perfecto ladrón, acreedor á ocupar uno de los mas elevados puestos entre los de su calaña.

Desde que Boleslao habitaba la capital de la Suecia, los gefes de la policía, no disfrutaban de un momento de reposo. Todas las clases del estado se hallaban poseídas de la mayor agitacion. Los nobles y los ricos eran los que mas molestaban á la policía. Unos se quejaban de robos cometidos en sus casas de campo; las damas pedían sus joyas, que les habían sido sustraídas durante su sueño; los cortesanos reclamaban lujosas capas que les eran quitadas de los hombros con la mayor sutileza hasta en el mismo palacio real; y el gefe de la policía únicamente oponía á todas estas quejas su impotencia para descubrir á los autores de estos robos.

Algunos rumores llegaron á oídos del rey; y como al parecer, por desconfiado, cruel y suspicaz, merecía Erico el odio de sus vasallos, creyó que aquel rum rum encubría alguna conspiracion; y ocultando hipócritamente su sospecha, hizo llamar á su ministro Goran Person.

—Caballero, le dijo, tengo entendido que mi pueblo desea vuestra destitucion, porque no castigais los crímenes de que es tan á menudo víctima.

—Señor, contestó el ministro; mis ojos no ven mas que lo que á V. M. toca. Otros crímenes que mas amenazan á la seguridad del trono, algunos complots, abortados, pero que pueden fácilmente renacer, me tienen en acecho de continuo, por cuya razon debe escusarme que no tenga tiempo para ocuparme de las personas que se olvidan de cerrar bien las puertas de sus casas.

—¿Es posible! respondió Erico con mas dulzura.

Y después de un instante de reflexion:

—¿Qué quieren, pues, esos revoltosos que conspiran contra mí? ¿ir á parar en una de nuestras fortalezas de Finlandia? Pues bien: lo conseguirán.

—Ante todo, señor, sabed que entre los malcontentos hay algunas cabezas demasiado elevadas que no os atreveríais á cortar.

—¿Mis hermanos? ¿mis dos hermanos quizá? ¡que tiemblen! Yo soy la copa del arbol, y todas las ramas que me estorben caerán, si lo creo necesario.

El ministro no pudo menos de temblar al oír estas palabras pronunciadas en un escaso de furor.

—Mas tarde nos ocuparemos en esta cuestión política, prosiguió Erico; trátase ahora de otra puramente de policía, cuyos misterios debemos descubrir; y pues vuestros ordinarios agentes no son capaces de lograrlo, yo hallaré uno mas eficaz que todos ellos, y os aseguro que dentro de pocos días esos ladrones que tanto terror infunden á Stocolmo serán presos y juzgados. Esperad mis órdenes relativamente á este asunto, caballero.

Y el rey despidió con un ademan al alto dignatario.

Cuando quedó solo reflexionó Erico que para la delicada expedicion que proyectaba no podría elegir mejor agente que él mismo. Este soberano absoluto, como todos los que saben serlo, aborrecía á los grandes, y profesaba particular adhesión al pueblo.

Entre los reyes de Francia cuya historia conocía perfectamente, era Luis XI el que mas le admiraba. La doblez y la astucia de aquel zorro coronado ganaron las simpatías del monarca sueco, que, á fuerza de estudiarle con afán, y sin tener los recursos de imaginación de su modelo, ni ser para ello tan á propósito, había conseguido parecersele muchísimo, logrando te-

ner á raya á los numerosos conspiradores que turbaron su reinado.

Uno de los medios que con mas frecuencia empleaba Erico para estar al corriente de lo que decían y pensaban de él sus vasallos, era disfrazarse; pero para dar mas completa idea de su carácter debemos añadir que estos disfraces tenían tambien otro objeto: el rey de Suecia era soltero. Después de haberle sido negadas en la persona de sus embajadores, Isabel, reina de Inglaterra, María Stuardo, y hasta la hija del langrave de Hesse, había sentido una profunda aversion hacia todas las princesas de Europa. Para vengarse de ellas y hacerlas ver que las despreciaba se había enamorado de una muger del pueblo. La hija de un paisano de Medelpad, llamada Catalina. Mansdotter, á quien había visto en el mercado de Stocolmo, donde vendía nueces, según un historiador, cautivó enteramente el corazón de su soberano sin conocer el valor de su conquista.

Erico la veía y la prodigaba su ternura, por supuesto bajo otro nombre, hasta el momento en que despreciando la opinion de su corte y de la Europa entera la sentó en su trono, como hizo mas tarde Pedro el Grande con la querida de Menzikoff, aquella otra Catalina, que no era mas que la pobre viuda de un soldado.

En la época en que pasa nuestra historia estaba en su principio la pasión del rey. Catalina no sospechaba aun quien era su amante; pero adivinando en él nacimiento mas elevado que el suyo, para distraer algun tanto sus ausencias, aprendió á leer y escribir, á fin de reformar su lenguaje con la instruccion.

El príncipe, después de adoptar por capricho el papel de primer magistrado de policía, se vistió un traje negro forrado de amarillo, calóse un gorro, y así disfrazado como los judíos, que van á comerciar en Stocolmo, se dirigió á una taberna célebre sita al fin de la calle de la Reina, una de las mas hermosas de la ciudad.

Era día de mercado: la tasca estaba llena de mercaderes de Upsal, de Upland, de la isla de Toren, de Finlandia, y hasta del Lapon, como animados por las repetidas libaciones hablaban todos á la vez con voz estentórea, sin cuidarse de los que entraban y salían, no fué muy difícil al rey pasar desapercibido entre aquella turbulenta multitud, mas dispuesta á ocuparse de sus ganancias que á reparar en los que la oían.

Erico divisó una mesa ocupada por un solo individuo que bebía silenciosamente, sin tomar parte en la general animacion, y le pidió permiso para sentarse á su lado.

—Con mucho gusto, judío, aunque no simpatizan mucho conmigo los de vuestra religion, respondió el hombre.

—¿Y por qué, amigo mio? ¿os han hecho algun daño? ¿os han engañado alguna vez?

—Ni lo uno, ni lo otro, á Dios gracias. Yo me burlo de toda Israel; pero cada uno tiene sus inclinaciones y sus caprichos. No por esto creais que dejo de estar á vuestra disposicion, feligreses de la sinagoga; y si no tenéis mucho dinero, bebed sin temor que yo pagaré vuestro gasto. Tal es mi carácter.

—Gracias; soy suficientemente rico para satisfacer mis gustos, por mas dispendiosos que sean.

—¡Ah! ¡Sois rico! exclamó vivamente su interlocutor; no es prudente decirlo en voz alta, mi querido Abraham....

—¿Por qué razon?

—¿Por qué razon? ¿os olvidais de Boleslao y de su partida?

—¿Boleslao! ¿qué quereis decir?

—¿No le conocéis? ¡ah! aunque espongais á cada instante vuestra vida; aunque hayais merecido la muerte en todos los países civilizados; aunque seais el hombre mas desalmado del mundo, nunca tendreis una reputacion tan proverbial como la suya. Palabra de honor, esto atemoriza... Judío ignorante, si Boleslao supiese que le habeis rebajado hasta el extremo de decir que no le conocéis, hoy mismo no hallaríais en vuestra casa ni aun para haceros enterrar gratis.

—¡Ah! ¡ah! ¿tan temible es ese bandido?

—Es un diablo de carne humana, que toma todas las formas y bolsas que le convienen.

—Entonces será muy necesario conocerle bien para poderle combatir. ¿Le habeis visto por casualidad?

—Una vez.

—Y podréis darme sus señas?

—Si, aunque será inútil enteramente, porque unas veces es un pobre viejo de cabellos blancos como la nieve que os persigue hasta en los templos, porque le deis limosnas, á la fuerza; otras es un elegante caballero que pasea en carroza, y juega muy fuerte en los altos círculos; y otras, en fin, se disfraza con la librea de lacayo, sin que nadie lo pueda saber ni aun adivinar. En conclusion, ¿querreis creer, hijo de Jacob, que ha tenido el atrevimiento de servir durante una semana al primer magistrado de policía, en calidad de ayuda de cámara, y que este dignatario no lo ha sabido hasta que Boleslao desapareció de su casa, llevándose seiscientos ducados que estaban en depósito en la caja de seguros generales? ¡Oh! ¡es portentoso!

—En efecto, respondió el rey observando con la mayor atencion al que le hablaba; pero ¿cómo conocéis tan en pormenor las hazañas de ese bandido?

—Es fácil de explicar: he sido veinte y cuatro horas su prisionero.

—¿Dónde y cómo?

—Hace cerca de un mes, yo venia, como ahora de la Sudermania, donde comercio en diamantes. Hallábame

ya á una legua de Stocolmo, cuando cerca de un bosque de abetos, me vi rodeado por la cuadrilla de Boleslao que me condujo á la presencia de su gefe. Ocupaba este una casa solitaria, edificada á un lado del camino, y sentado á la mesa delante de un buen fuego cantaba alegremente saboreando el vino de Francia.

—¿Y tuvisteis suficiente tiempo para examinarle?

—¡Oh! de sobra. Pero ¿os lo confesaré? Aquel terrible bandido no me inspiró ningun temor. Su risa era tan franca, su alegría tan natural, que al lado suyo se creía uno tan seguro como con un amigo. Antes de preguntarme qué dinero llevaba, me invitó de la manera mas cordial á participar de su comida, ¿Qué hubierais hecho en mi lugar?

—Hubiera aceptado.

—Eso hice yo. Cuando concluimos era ya de noche; había pues, llegado el momento de pagar mi libertad, y temblaba calculando que iba á costarme muy cara. Boleslao me interrogó sobre el estado de mis negocios, y cuando le hube dicho era padre de una numerosa familia que iba á quedar reducida á la mayor miseria si me despojaba de las alhajas que venia á vender en Stocolmo, el buen ladrón pareció enternecerse.

—Escucha, me dijo, no quiero ser la causa de la ruina de tus hijos: te dejo tus mercancías y no quiero siquiera verlas, porque acaso me tentarían. Pasarás esta noche bajo mi *hospitalario techo*, sin temor á los de mi cuadrilla, y mañana partirás para la capital; pero después de vendidos tus diamantes, volverás aquí y me entregarás la mitad de tus ganancias. ¿Te conviene este trato?

Yo me apresuré á responder que era muy generoso y que aceptaba sus condiciones. Me hizo jurar que cumpliría con la mayor buena fé mi promesa, y esta tarde es cuando debo partir.

—¿Esta tarde! dijo Erico reflexionando; ¿no podríais suspender vuestra marcha hasta mañana por la mañana?

—Muy fácilmente. Además me queda todavía un cofrecito que vale dos mil ducados, y temo que mi asociado quiera tambien llamarse á la parte de él, como sobra de nuestras ganancias.

—Estad tranquilo; nada le dareis, porque yo os acompañaré.

—¡Vos, malhadado judío! temo esponeros á una desgracia.... iré solo....

—¿Cuando os digo que yo lo quiero! exclamó el rey con autoridad.

—¡Yo lo quiero!... ¡con qué tono me decis eso! ¿Sabéis que aunque fuérais el arzobispo de Upsal no hablaríais con mas imperio?

—Puede ser; pero para estar seguro de que no me faltareis dadme vuestro cofrecito....

—Mi querido hijo de Israel, es preciso que seais muy necio para hacerme semejante proposicion. ¿Os conozco yo acaso? ¿Sé si traéis en vuestros bolsillos dinero suficiente para pagármelo? ¿cuál es vuestro nombre? ¿dónde vivís? ¿quién os fia?

—Todo eso es inútil. Yo puedo daros ahora la mitad del valor de esas alhajas, y mañana os esperaré cerca de aquí, en una casa de pobre apariencia donde vive una jóven llamada Catalina Mansdotter.

—¿La linda vendedora de nueces? la conozco; pero no sé si debo confiar....

Esta conversacion que tenia lugar en una de las habitaciones interiores de la taberna, fué interrumpida por un movimiento general de todos los bebedores. Causábalo el gefe de policía que acababa de entrar para visitar el establecimiento llevando consigo un gran lienzo que mandó colocar en medio del salon, anunciando que era el retrato, lo mas parecido posible, del ladrón Boleslao, que tenía órden de dar á conocer al publico, para que todos los buenos suecos prestasen ayuda á la justicia en su persecucion.

El mercader de diamantes, al escuchar desde el fondo del gabinete las últimas palabras de la proclama, miró sonriendo á Erico, y le dijo al oído:

—Hacen bien de apresarse al retrato, porque solo nosotros dos somos capaces de prender al original.

—¿Consentís, pues? dijo el rey.

—No tengo ya inconveniente. Dadme mis mil ducados, y he aquí el cofrecito.

Y lo abrió para que su interlocutor lo examinase. Este le entregó la suma estipulada, añadiendo:

—Hasta mañana. Preguntareis por el señor Magnus.

—Convenido, dijo el comerciante entrando en la gran sala de la taberna.

Como los demás bebedores contempló el retrato del célebre ladrón, y se alejó tranquilamente.

—Amigos míos, decía en aquel momento el magistrado, el miserable que en vano perseguimos, es tanto mas temible, cuanto que no tienen numero sus robos. Anoche se introdujo por medio de una escala en casa de la condesa de Worden, y forzando un escritorio se apoderó de un magnífico cofrecito....

—¡Ah! exclamó el auditorio indignado.

—Pero el infame ha errado el golpe; continuó sonriendo el gefe de policía. La condesa esperaba su visita hace mucho tiempo, y había puesto á buen recaudo sus diamantes, usando de unos falsos provisionales, por cuya causa es hoy Boleslao poseedor de un tesoro ficticio que no vale diez rixdalas (1).

Esta revelacion fué acogida con una carcajada general.

—¡Unos diamantes falsos! exclamó á la sazón una voz salida de la habitacion cercana.

(1) Cien reales.

—¿Quién habla ahí? replicó enérgicamente el jefe de policía, dirigiéndose al dueño de la taberna.

—Es un judío que está en esa habitación hace mas de una hora, señor magistrado, y que aun no ha satisfecho lo que ha bebido, contestó aquel.

—Veámosle, pues.

Y se dirigió hacia el rey, que en aquel momento examinaba con la mayor atención los diamantes que tenía en la mano.

Muchos bebedores le siguieron, y un grito acusador se elevó de todos lados al ver al judío en posesión de la joya de que acababa de tratarse.

—¡El es! ¡ya le tenemos en fin! ¡cerrad las puertas! gritaban con júbilo los mercaderes. —Prendedle, señor burgomaestre, prendedle.

Esta manifestación pública hizo al rey levantar la cabeza, y paseando sus miradas por todos los concurrentes les preguntó qué querían.

El burgomaestre, á quien Erico volvía á la sazón la espalda, se le acercó con avilantez mezclada de temor, porque como tenía el convencimiento de que el falso israelita era Boleslao, recelaba que ocultase un puñal ó cualquiera otra arma. Llegóse á él, pues le cogió con destreza los dos brazos, y anudándose los en la espalda, gritó enérgicamente:

—¡Ríndete, cobarde, ó eres muerto! ¡tus esfuerzos para escaparte serán inútiles! —Amigos, dadme cuerdas para atarle y que sea conducido á una prision.

—¡A una prision! exclamó el rey deshaciéndose del burgomaestre con una violenta sacudida; ¿por quién me tomáis, señores?

Y se presentó de cara á los concurrentes.

—¡Gran Dios!... balbuceó el burgomaestre; no es; no me lo vá á perdonar...

Y pronunciando estas frases entrecortadas, el pobre jefe de policía perdió el sentido, y cayó de espaldas en medio de la habitación arrastrando tras sí una mesa.

Todos acudieron á su socorro y se le prodigaron cuidados que pronto le volvieron á la vida. Sus ojos buscaron al judío, y le hallaron de pié, apoyada la cabeza en la palma de la mano, y mirando con aire sombrío la ridícula escena que acababa de pasar.

El burgomaestre, escapándose de los que le rodeaban, se precipitó á los pies del príncipe, articulando algunas frases ininteligibles.

—¿Qué significa este acto de sumisión? dijo Erico en tono de mofa. ¿Ha perdido de repente la cabeza el burgomaestre de Stocolmo? ¿Qué he hecho yo, pobre é indigno judío, para que un gran señor se arroje á mis plantas? ¿Es esto una burla ó un insulto que se quiere hacer á los de mi religión?

—Pero si...

—Callad, señor magistrado; veo que aun no estais del todo en vos. Vámos, miradme bien, y me reconoceréis. Yo soy Magnus, el chalan... ya me habeis visto muchas veces....

—Es verdad.... es verdad, se contentó con replicar el burgomaestre; lo habia olvidado... perdonadme.

—No tengo qué perdonaros... habeis cumplido vuestro deber, y si alguno de nosotros ha sido engañado no habeis sido vos....

—¿Cómo! ¿qué ha pasado?

—Una truanería hábilmente tramada de que he sido víctima. Ese Boleslao que creíais haber hallado, estaba aquí efectivamente hace muy poco. El infame me ha referido un cuento tan largo y verosímil, que al fin le he dado mil ducados sobre este cofrecito....

—¿Qué desgracia! exclamó el tabernero; ¡pobre judío!

—No me engañará otra vez. El ladrón se nos ha escapado, señores, y es preciso volver á empezar.

—Bien veis que no es tan fácil cogerle como el rey cree, prosiguió el magistrado, pues vos mismo le habeis tenido cara á cara durante una hora....

—Basta: no me gustan los consejos, sobre todo cuando he pagado tan cara mi falta.

—¿Mr. Magnus quiere que le acompañe?

—No; únicamente os encargo que entreguéis estos diamantes á la condesa de Vorden, ocultándola cuanto me han costado; y la direis de mi parte que la felicito por su precaución.

El rey salió despues de saludar á todos, y como la noche empezaba á tender su velo sobre la población, despues de asegurarse de que nadie le seguía se dirigió hacia una calle estrecha y solitaria, situada detrás de palacio, y llamada de *Myant-Gatan*.

CAPITULO II.

La vendedora de nueces.

En esta calle de *Myant-Gatan* elevábase una casa de mediana apariencia en medio de un corral plantado de árboles cuyas ramas subían hasta las ventanas. Una puerta cochera fabricada en el muro daba entrada á esta vivienda, compuesta de solos dos pisos; y aun que su interior era algo pobre, el lujo de su mueblage anunciaba una fortuna superior á la calidad de las personas que la habitaban.

En ella vivía Catalina con su padre y su madre, pobre enferma que no podía moverse de su sillón.

—Y bien Catalina, ¿nos quieres servir la cena? decía Mansdotter, padre de la jóven, dando impaciente un puñetazo sobre la mesa. El *stockfish* debe estar cocido hace mucho tiempo.

—Hele aquí, hele aquí, respondió Catalina poniendo sobre la mesa un plato de pescado salado y un jarro

de cerveza. Pero no me atormentéis, padre mio; bien sabeis que yo nada tomo á la fuerza.

—¡Precioso razonamiento! Ignoro por qué razón, pero hace algun tiempo que olvidais, señorita, el respeto que me debeis. Si continuais así no será extraño que mi mano os haga salir al rostro los colores.

—¡A su edad! dijo gesticulando la madre.

—Tú, señora Mansdotter, haznos el favor de guardar silencio; yo educó mis hijos á mi modo. ¡Vaya! ¡La hice buena cuando guiado por vuestros consejos abandoné á Sundswal, capital de Medelpad, para venir á establecerme aquí! pero ya se vé.... vuestra hija tenía ambición y sueños de loca.... sus ideas han trastornado también vuestra cabeza, y mientras ella vende nueces en el mercado, yo voy consumiendo mis economías, y vos ganais cinco reales diarios hilando cáñamo.... ¡buena fortuna por vida mia!

—¿Y el señor Federico Magnus, padre mio? le preguntó inocentemente la jóven.

—Mr. Federico se burla de tí, replicó Mansdotter. Te ha dicho que eres bonita y te ha mirado en el mercado; hé aqui lo que te vuelve loca. ¿Sabes tú siquiera quien es ese galán? El viene aquí tan pronto vestido de una manera como de otra.... yo por mi parte te digo que no es bueno tener amistad con personas que se disfrazan.

—Es verdad; pero por lo mismo que es hijo de un gran señor necesita de algunas precauciones para acercarse á una pobre como yo.

—Nada digo; por lo tanto....

—¿Quién sino él, ocultando su nombre, puede habernos enviado esas dos camas, ese canapé forrado de seda, y esas hermosas cortinas para el armario?

—¿Te atreverías á asegurarlo?

—Cuando uno envia tales regalos á una jóven es porque trata de casarse con ella.

—¡Tú su muger! Entonces, señora baronesa, echadme de beber, y contemos lo que hoy ha producido la venta de vuestras nueces.

Estas crueles palabras hicieron caer en Catalina desde el empuje de sus ilusiones á la horrible realidad de su miserable condicion. Metió suspirando las manos en los bolsillos y sacó siete reales y medio que puso sobre la mesa.

—Mucho trabajo nos ha de costar, señora baronesa, hacernos con este dinero un traje para el día de vuestras bodas, pues solamente hay aquí para comprar mañana pan, dijo su padre. Sin embargo nos pasaremos sin él, á menos que el desconocido que nos envia estos regalos haga también que nos lluevan del cielo monedas de oro y plata.

Aquí llegaba Mansdotter de su conversacion cuando llamaron vigorosamente á la puerta.

Catalina, por un movimiento instintivo, cogió vivamente la lámpara, y se dirigió al corral para abrir.

Grande fué su admiracion cuando, despues de descorrido el cerrojo, se halló cara á cara con un criado sin librea que adelantándose hacia ella, la preguntó su nombre, y puso en sus manos una cajita, diciéndola que cuando la abriese conoceria quién se la enviaba. La jóven quiso hacerle algunas preguntas; pero el criado no respondió, é invitándola á que volviese á entrar, alejóse, como si quisiera estar solo al separarse de allí.

La vendedora de nueces obedeció, y al reunirse con sus padres les hizo partícipes de su admiracion mostrándoles lo que la acababan de dar.

—Veámos, pues, qué encierra de bueno este cofrecito, dijo su padre, haciendo saltar su tapa con mano impaciente.

Pero ¿cómo podremos pintar su júbilo cuando apareció á su vista un montón de piezas de oro, y pasándolas y repasándolas pudo contar hasta cien ducados?

En el fondo de la cajita habia un papel con estas palabras: *don de reconocimiento*. Catalina despues de haberlas deletreado, quedó pensativa, sin poderse explicar este secreto.

—Habrás hecho algun servicio á alguna dama de alto linaje, ó á algun gran señor; y Dios que nunca abandonará los que obran bien, habrá inspirado á esa persona la idea de socorrer nuestra miseria, dijo su madre.

—No, madre mia, no me acuerdo de nada, respondió Catalina.

—Vámos, recuerda bien.

—¡Ah! si.... esperad. Hace tres dias atravesaba un jóven estudiante el gran mercado en direccion á la universidad, y habiendo sentido un pie mal sobre la nieve, resbaló, yendo á caer junto á un carro cargado de pesca que marchaba en direccion contraria á la suya. Hubiera indudablemente perecido el pobre jóven aplastado si yo no le hubiese socorrido, ayudándole á levantarse; pero no creo que nadie reparara en una accion tan comun, y yo por mi parte no la he vuelto á recordar.

—Sin duda ese jóven lo ha referido á su familia, ¡y he aqui tu recompensa!... —Ven, y abrázame, mi querida hija, has salvado nuestra casa de la ruina.... ¡Cien ducados!... Ya soy mas rico que todos los magnates del reino... —Ve por otro jarro de cerveza, Catalina, y si no fuese tan tarde te diria adonde habrias de ir á comprarme vino; exclamó el alborozado Mansdotter, cantando un aria patriótica en honor de Gustavo Wasa.

Y retirándose con su muger á olvidar su felicidad y su cerveza en brazos del sueño, dejó á Catalina entregada á sus reflexiones.

La jóven que, bajo sus harto comunes apariencias, alimentaba un vivo afán de ser *grande*, se entregó á sus habituales quimeras suspirando al ver sus manos

curtidas y su rostro atezado; pero sus grandes ojos negros, su talle flexible y sus pequeños pies, la daban algunas esperanzas que eran un incentivo mas para sus ilusiones.

Decíase á si misma en voz baja que veia diariamente damas de elevado linaje, que no osarian competir con ella en hermosura; y entonces se forjaba un porvenir risueño, imprevisto y pródigo de riquezas y de esplendor. Creíase ya señora, y se ponía delante de un espejo á hacer saludos y cortesias con una torpeza que á la verdad hubiera hecho reir mucho al que hubiera podido observarla.

CAPITULO III.

Los dos amantes.

Cuando tan gravemente se entregaba á esta ocupacion oyó ladrar en el corral al perro encargado de su custodia. Este ruido la hizo volver en sí y encerrarse en su habitación, arrepentida de sus locuras; pero los ladridos habian cesado, oyéndose en su lugar gritos de júbilo como los que lanzan los perros cuando encuentran á un amigo.

La luz que alumbraba á Catalina penetrando por los corredores se reflejaba en un ángulo de la casa. Veíase la centellear á través de los vidrios de la ventana. La parte del edificio en que se hallaba su habitación se componia de dos piezas, una de las cuales la servia de dormitorio; de manera que enteramente separada de sus padres solo tenía la vendedora de nueces para su defensa su perro y su virtud.

Acababa de colocar la lámpara sobre la mesa cuando dieron á la puerta tres golpes. Un temblor involuntario se apoderó de ella; pero era naturalmente poco medrosa, y se dirigió á abrir. Su gozo y su sorpresa no tuvieron límites, cuando se halló en presencia de su querido Federico Magnus.

—¿Cómo habeis entrado, monseñor? le preguntó.

—¿Qué os importa, mi bella Catalina? continuó el recién venido. Algunas personas olvidadas dejan entreabiertas las puertas de sus casas; fácilmente se hace callar á los feroces guardianes de los corrales, y se penetra hasta donde se quiere, sobre todo si el amor nos guía.

—Sin duda alguna, y lo estoy experimentando en este momento, dijo la jóven con embarazo; pero por lo mismo que yo no soy igual vuestra no me está permitido recibir un hombre en mi cuarto á estas horas.

—Si, si yo fuera un hombre comun; pero á un amigo que pretende daros un porvenir como nunca podríais esperar ni preveer; á un protector que os quiere bien no sabríais rehusarle los medios de cumplir su mision en el momento que se presenta á vuestros ojos....

—No digo que no....

—¿Qué teméis? No creo que sea el amor que os profeso, porque vos no participais de él, y por consiguiente nada tiene de peligroso....

—Yo haria muy mal en deciros.... en confesaros que os amo.... ¿es verdad?

—Si fuérais una de esas damas de la corte que todo lo calculan, y solo conceden á uno sus favores por obtener los de mil otros, yo os aconsejaria que continuáseis haciéndoos la coqueta, la disimulada, y desempeñárais hasta el fin vuestro papel; pero no sois de esos seres fingidos, falaces y astutos que no tienen corazon. Dejad, pues, al vuestro hablar con su franca candidez, y estad segura de que nunca abusaré de los secretos que me confié.

—Federico, una jóven pobre y oscura como yo, difícilmente comprende eso que me decís. Solo puedo con franqueza declararos que me habeis hecho tanto bien que os amo por reconocimiento, y que para deciros una palabra mas, seria preciso que fuérais....

—¿Lo que Catalina?

—Mas que mi amigo, mas que mi amante....

—Acabad.

—No me atrevo; pero... bien me comprendéis.

Su Federico, como ella le llamaba, la miró ardentemente; despues levantándose como dominado por un pensamiento fijo, dió dos ó tres vueltas por la habitación, y volvió á sentarse otra vez cerca del fuego.

—¿Por qué estais hoy vestido así? prosiguió riendo Catalina. Os pareceis al judío Jacobo que vende hopalandas viejas en el gran mercado; pero es preciso confesar que él me gusta mucho menos que vos.

—Esa aclaracion me hace mucho honor. Vámos; hablémos un poco de los progresos de vuestra instruccion.

—¡Oh! ¡ya empiezo á leer casi de corrido! Si yo tuviera libros mas divertidos adelantaria mas; pero solo tengo un grueso volumen impreso que contiene algunas proclamas de Gustavo Wasa, y una coleccion de leyes de nuestro rey Erico. Bien conoceréis que debo aburrirme.

—Yo lo creo.

—¿Habeis visto alguna vez al rey?

—Si.

—¡Son todos sus decretos tan severos!.... Aquí para entre nosotros dos, creo que es tan cruel é inflexible como malo.

—Así se le juzga en la corte; pero yo no creia que esas opiniones hubiesen descendido hasta el pueblo, porque es la clase que él mas ama y favorece. Mi querida niña, para condenar á un príncipe seria preciso saber si tiene que vencer grandes dificultades para asegurar la felicidad de sus vasallos. Erico tiene dos

hermanos y dos hermanas, cuya ambición, escitada por los que los rodean origina esas conspiraciones tan á menudo descubiertas, y siempre renovadas. El rey había nacido justo, bueno y humano; pero se le ha obligado tanto á castigar, que su carácter se ha pervertido..... ¡y los miserables que le persiguen y acriminan hasta se han atrevido á asegurar que estaba loco!

—¡Ah! ¡eso es una infamia!

—¡Vos lo comprendéis, vos!.... ¿No es verdad que es un crimen, un atentado odioso contra la dignidad de sus decretos, considerados como despreciables antes de ser ejecutados? Por otra parte el soberano no puede confiar enteramente en sus ministros, desconfía de ellos; si, no vé en todos mas que traidores y falsos amigos, y él es solo para defenderse de tantos lazos como le tienden. ¿Creis, pues, Catalina, que una tan triste condicion no deberá endurecer su carácter?

Publiquemos los nombres de todos esos traidores que aspiran al poder supremo; el ejército, fácil de convencer, me prestará su ayuda para esterminar de un solo golpe todas esas cabezas sediciosas....

(Se continuará).

LA FERIA DE SEVILLA.

Ya son dos las épocas en que Sevilla ofrece espectáculos magníficos y animados. La Semana Santa y la feria. El prado de San Sebastian ha sido el parage destinado para presentar á la vista de aquella numerosísima concurrencia los objetos variados análogos á este



Pasajeros y feriantes con direccion á la feria de Sevilla.

¡Ah! esas personas que se quejan de esta calamidad temblarian de espanto si tuvieran noticia de las que pesan sobre él.

—¡Con cuánto calor le defendeis, Federico! Francamente me han conmovido vuestras palabras.... ¿Sabéis que estoy á punto de amar á ese rey tan malo é injusto, segun algunos?

—¡Amarle vos! ¡oh! ¡Seria por primera vez amado por un corazon puro y sincero!

—Escuchad, creo que seria una tontuna, porque yo no comprendo todas esas grandezas de la corte, aun cuando que anhele mucho conocerlas; pero si pudiese ver al rey, hé aqui como le hablaria: «Señor, aunque sois jóven, casaos, no importa con quien, y renunciad al mando para ir á habitar pacíficamente uno de vuestros castillos; ó si quereis seguir siendo rey de Suecia, sabed ante todas cosas ser dueño. Esterminad á todos los que os odian y ponen trabas á vuestros buenos pensamientos; batid á los cortesanos á la cabeza de vuestro ejército, como si fueran osos, y vereis como pronto os librais de tantos tormentos, porque Dios velará por vos, y el pueblo os ayudará.»

—¡Bien, muy bien, hermosa Catalina! esos consejos son tan sencillos como justos y merecen que se reflexionen bien.... Quizá el rey lo sepa un dia, y puede que entonces quiera oíroslos repetir.

—¡Ah! ¿os burlais de mí, señor Federico?

—¡No! ¡no! Estaba esperando esta ocasion para decir que no quiero vivais desde hoy en adelante de esa indigna profesion que ejercéis y acabaria por agostaros en flor.... ¿No estais hace algunas horas el abrigo de los primeros cuidados de la vida?

—¡Oh! si.... ya adivino.... aquella cajita. .. ¡don de reconocimiento! ¡Oh, monseñor! dijo enternecida Catalina, ¿qué he hecho yo para merecer tantas bondades? Tengo miedo de amaros, porque os creo mucho mas alto que yo.... me habeis siempre respetado, no me habeis propuesto ninguna accion indigna, ¡y aun me hablais de reconocimiento! ¡y es á mí, á una pobre hija del pueblo, á quien dais lo que nunca podrá pagari....

—Callad, querida mia; ya hablaremos de eso mas tarde.

Despues, repasando en su memoria las palabras de la jóven:

—Si, exclamó Federico, esta idea me agrada mucho.

género de espectáculos. Muchos dias antes de la feria acudia el público á presenciar los trabajos preparatorios que se efectuaban para la celebracion de la feria; todos contemplaban con regocijo en aquella pradera amena rodeada de vistosas tiendas de campaña, y las faenas de los trabajadores, el bullicio de la gente, todo contribuia á la alegría y algazara que reinaba en aquel lugar.

En medio de la pradera se levantó un terraplen donde colocaron una tienda de campaña tan sencilla como elegante para el uso de SS. AA. RR. Las ramblas que á ellas conducian estaban sembradas de flores, y alrededor se colocaron grandes faroles de rebervero.

Se dice que esta tienda de campaña fué una de las cogidas por los franceses cuando ocuparon el campamento árabe en la célebre batalla de Isly.

Como muchas personas deseaban de contemplar desde lejos el magnífico panorama que presentaba el prado de San Sebastian se vió á todas horas ocupada la Giralda por infinidad de curiosos que subian á admirar aquel cuerpo de vida y animacion.

Tres dias antes de la celebracion de la feria sorprendia ver los caminos comarcanos á la gran capital de Andalucia, y especialmente la senda situada en la parte lateral al sitio conocido con el nombre de la Cruz del Campo. Viageros de toda especie, traficantes en géneros, en ganados, en fin familias enteras, todos acudian juntos y presurosos al prado de San Sebastian. La contemplacion de este cuadro bastaba á revelar la riqueza de nuestras pingües provincias.

La feria ha sido animada y muy concurrida. De un estado que publica un periódico político de aquella capital espresivo de las cabezas de ganado de todas clases que se han registrado para la feria, resulta que han ascendido á 66,360, y que ha tenido esta feria comparada con la del año anterior 3,871 cabezas mas de ganado de todas clases, y se ha realizado un número considerable de ventas mas que en aquel.

Todo conduce á creer que el año venidero de 1831 la feria de Sevilla será sorprendente en todos conceptos.

DERECHOS DE PUERTAS.

SU EXENCION A LAS PRIMERAS MATERIAS.

(Industria.)

El real decreto de 1.º del actual merece consagrarle algunas líneas, no tanto por lo que es en sí, cuanto por los principios que consigna, por las esperanzas que hace concebir.

Desde que se declararon libres de derechos de puertat los artefactos extranjeros, no pudo sostenerse que los nacionales les pagasen. Reconociendo este principio el gobierno, no tardó en aplicarle dictando para ello el real decreto de 23 de febrero de 1818. Importante como fué, estuvo sin embargo muy lejos de satisfacer en este punto las necesidades de la industria

española, pues que no hizo estensiva á todas las primeras materias para las fábricas del país, y á sus manufacturas de la clase que las estrañas exentas, la franquicia de los impuestos que á unas y otras se exigian al entrar en las poblaciones sujetas al derecho de puertas. Presidieron á la redaccion del primer decreto el temor y ligereza: ante la idea del déficit que iba á resultar si se hacia á todas justicia, fueron escludidas muchísimas, y se pasaron algunas, cuya omision no tardó en advertir y confesar ingenuamente con dolor el que entresacó los artículos que la disposicion del 48 enumera. Se olvidaron, entre otros muchísimos que pudiéramos citar, los curtidos y las esteras: las esteras, de que nos decia con pena un gefe de hacienda, son un objeto de necesidad, ya reducido al pobre, que tantos brazos de niños, mugeres y ancianos entretiene por un misero jornal. De aqui el clamor de los fabricantes que subsistian perjudicados, sus esposiciones al gobierno; de aqui la peticion de este á las cortes para que le autorizase á ampliar los efectos de la primer medida. Autorizado, ha relevado á 162 artículos de los derechos de puertas que se cobran en las capitales de provincia y puertos habilitados, y de los arbitrios provinciales, municipales y particulares, (1) á escepcion del azúcar, al que liberta solo de los reales.

Muchos son, es verdad, 162 exenciones, pero no es en proporeion de su número el influjo que han de causar en la prosperidad general, por que recaen en su mayor parte sobre objetos de corto consumo y derecho, salvo el fruto precioso de nuestra preciosa antilla. Verdad es que recargado por la ley de 17 de julio último el de introduccion en la Peninsula, era justo descargarle en el interior, y á ello se habia comprometido el gobierno en las cortes, y tal vez este compromiso las habia decidido al aumento del arancel en este objeto, aumento á que se opuso casi toda la prensa periódica, por contrario á los buenos principios, al bienestar de Cuba y del comercio, y al mismo fin que se propusiera el fisco.

El mismo decreto lo dice: «Ofreciendo resultados de poca monta, complican y embarazan no poco la administracion los 162 artículos eximidos. Su producto no puede afectar de una manera trascendental la cifra del presupuesto.» Hallándose en igual caso otros mu-

(1) Gaceta del 2 de abril.

chos, es sensible y extraño no se haya extendido á ellos igual beneficio. Preciso será para un tercer decreto que los interesados le promuevan. Acudan, pues, al gobierno, y ante la razón que les asiste alcanzarán al fin con provecho propio y beneficio público lo que ya debía haberseles otorgado. Corta como es la cantidad que satisfacen otras primeras materias y artefactos, no lo es relativamente al valor de la cosa, y si no significa mucho para el Estado, no puede ser indiferente al fabricante, contrariado por tantas otras desventajas con que no lucha el extranjero. En bien de nuestra industria, y en pro de esta parte de la administración tan complicada por los asientos que requiere la muchedumbre de objetos que la tarifa comprende, de esperar es que á poco que los contribuyentes reclamen, escluya todos aquellos, que sin rebajar apenas la cifra de ingresos, si es que no escusarían mayores gastos, se reputan por las primeras materias y manufacturas. Nos induce á esta creencia la misma disposición que nos referimos, toda vez que, con tanta ó mas razón para ser en ella incluidos, han dejado de mencionarse varios artículos; sirvan de ejemplo la estera y el zumaque en polvo; tan dignos de protección, la una por lo mísero de su mano de obra, el otro por lo indispensable que es á las fábricas de curtidos que hoy tienen que sostener la lícita concurrencia de las extrañas. Solo así existirá la debida armonía entre los aranceles y esta imposición; solo así dejarán de estar en contradicción aquella reforma y esta parte de nuestro sistema económico.

A otros artículos celebraríamos hubiese alcanzado la franquicia del azúcar importado, á todos, por mejor decir, y que hubiese comprendido también los derechos municipales, provinciales y particulares; pero nos hacemos cargo de los obstáculos que se opondrían á sustituir los rendimientos del derecho de puertas, que tiene todos los inconvenientes, todos los vicios que tan sentidamente nos han pintado tantas plumas, pero que cuenta una ventaja que nunca se puede apreciar bastantemente, la de todas las contribuciones indirectas, que, como decía el ilustrado Banquero, matan á la víctima sin sentirlo. Una dificultad hay entre nosotros para la sustitución de estos tributos con los que la ciencia prefiere, dificultad invencible; la falta de estadística. Sin ella, vanos serán los esfuerzos de los que pugnen por redimir al país de los grandes males de los impuestos sobre los consumos, y no creemos equivocarnos asegurando que si llegase á gobernar un hombre con la suficiente audacia para privarse de 160 millones figurándose tenerlos por otro medio, no tardaría en destruir su propia hechura, viéndola á estos nominales, y asustado de los mayores inconvenientes de la subrogación, cualquiera que fuese. Deploramos el registro, las incómodas y dilatorias formalidades á él anejas, que tanto entorpecen el tráfico; un ataque tan directo á la producción, quisiéramos la mas absoluta franquicia, la mas omnimoda comodidad: convenimos con el enérgico y patriota conde de Cabarrus en que un derecho, una sola traba puesta entre las producciones del país y sus consumos, equivale á la violación monstruosa del pacto social que nos une; pero en la necesidad de administrar justicia, de conservar el orden, de proteger el comercio marítimo, de conservar la independencia nacional, son precisos fondos, y mientras sea mas onerosa su exacción directa que la indirecta, encarnada ya en nuestros hábitos, no estamos por una variación que sería funesta á todos los intereses. Estamos sí porque desaparezca la diferencia que contra los productos de nuestras fábricas ha creado el arancel de importación eximiendo á los extranjeros del derecho de puertas; estamos porque se sencille la administración eliminando todos los efectos cuya fiscalización cuesta mas que lo que rinden, y los que por su poco volumen y mucho valor no se presentan al adeudo; y estamos por fin, por llegar al término mas avanzado comenzando por aliviar una por una las especies de mas general consumo. Con posibles economías, y bien entendidas reformas, podriase acometer

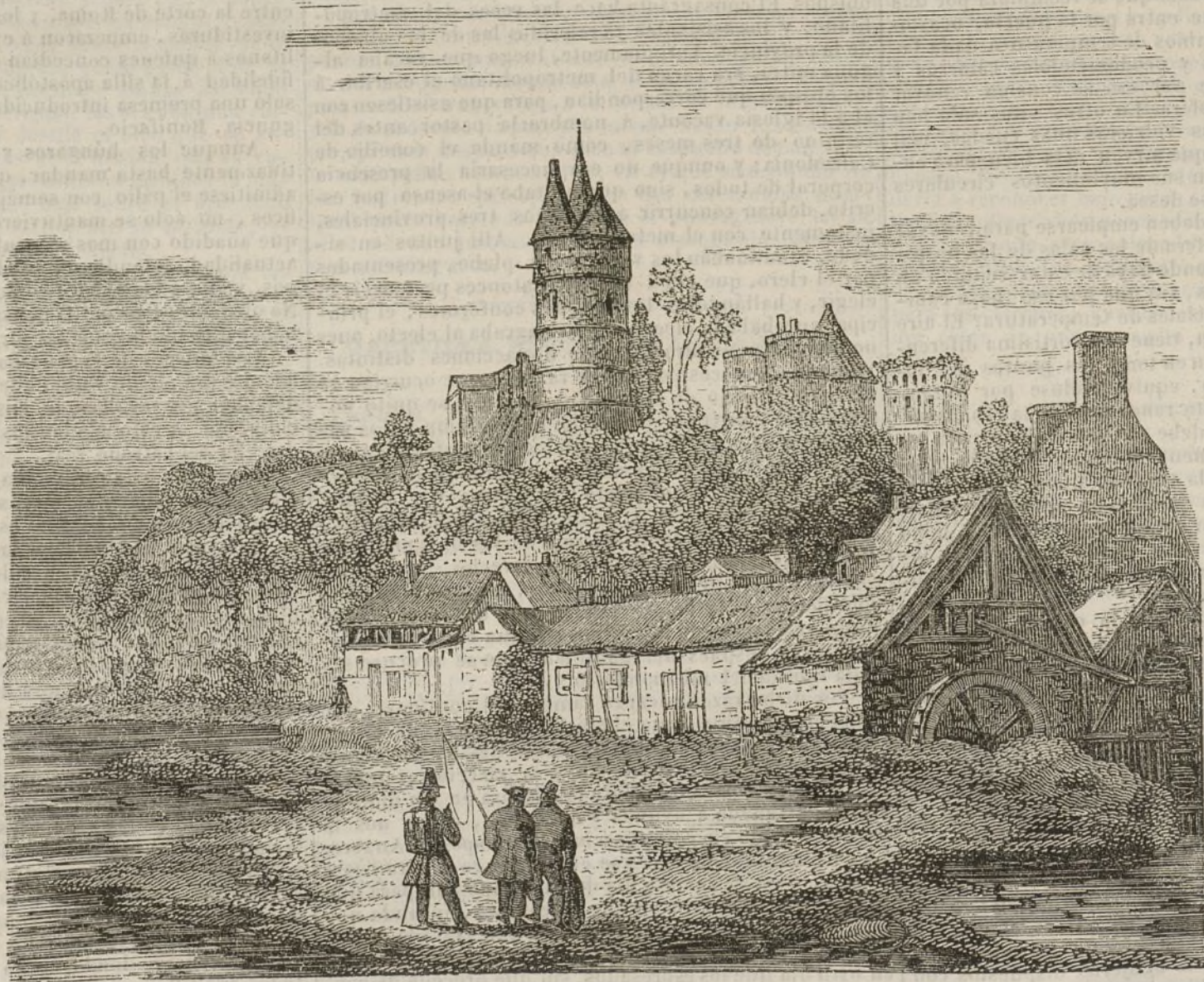
la inmensa en beneficios de descargar los artículos de que ha menester el pobre, sin los que no puede pasarse el productor, y por los que paga una contribución desigual y enorme. Sin derecho alguno el trigo ¿qué especie mas acreedora á una considerable rebaja que el aceite? Interesante á la agricultura que se alivien, como al vino, sus cargas, es de absoluta necesidad, lo que no sucede á este. La luz del albergue del pobre, el condimento de su comida, están clamando porque sean cuasi nulos, mientras no desaparezcan los impuestos que detienen sin duda el incremento de los olivares. Difícilmente subirán á 20 millones los que produzca el aceite: ¿no se podrían economizar en cualquier cosa si se suprimiese su procedencia? ¿Qué serían 13 de menos si se bajase á su cuarta parte? Y tal vez no resultase déficit en este caso por el mayor consumo. Iriamos despues á la carne, luego al vino, y así reformaríamos poco á poco este impuesto acreciendo tal vez su producto con el desarrollo de los consumos, y un día podría desaparecer preparado ya otro recurso igual y tan seguro, si era mas conveniente, y al que paulatinamente se hubiese acostumbrado el contribuyente. Un tanto por ciento de los inquilinatos que por su cuantía no pagase el proletario, muy moderado al principio, y que subiese gradualmente sin ser jamás excesivo, permitiría exonerar en la misma proporción las especies indicadas con alivio de todos, y especialmente del desvalido que por no alimentarse de otras paga respectivamente mas que el rico. No desconocemos que este tributo no representa capital, ni renta; que adolece de otros defectos, ¿pero cuál está exento de ellos?

Volviendo al azúcar, todavía es de desear sea completa la reforma. Así, y todo, paga menos en Inglaterra. Y nos asiste una razón para que pague menos: el ser fruto nuestro. Interesados en que crezca su demanda, porque el cultivo y comercio de la reina de las Antillas crezca, y crezca el nuestro y nuestra marina, y sea mas y mas segura la conservación de Cuba, no olvidemos que con relación al que se gasta en el Reino Unido, no se gasta azúcar en la Península, que es de tanto uso para todas las clases, que cuanto se haga por ponerle mas y mas al alcance de las necesidades, otro tanto se habrá hecho en pró de las mismas, de los grandes intereses mencionados, y aun del erario, cuya abundancia no consiste en los altos, sino en los módicos derechos.

F. N.

TANCARVILLE. (SENA INFERIOR.)

En las márgenes del Sena, no lejos de su embocadura y á una legua de distancia de Quillebœuf y á dos leguas de Quilleboune, esta ciudad tan famosa por sus bellas antigüedades romanas, se elevan en la cima de



Vista del castillo de Tancarville.

un alto derrumbadero las imponentes ruinas del castillo de Tancarville. ¡Qué nobles y pintorescas son aquellas torres desmanteladas y reflejadas en las aguas del Sena! Pero ¡cuánto mas sublime, mas admirable todavía es el espectáculo que se presenta á nuestras mira-

das cuando se llega por tierra á Tancarville! Jamás ha terminado la mano del artista un paisaje tan bien compuesto: á la derecha aquellos viejos y ruinosos muros, á la izquierda una vegetación vigorosa, encinas seculares, ramages undosos, y ademas de esto un horizonte sin límites, el Sena, ancho, rápido, surcado por innumerables barcas de pescadores con sus blancas velas que se destacan sobre el azul de las aguas.

Cuando se penetra en el interior de las ruinas cambia el espectáculo y se conmueve el corazón al recorrer aquellos vastos salones desiertos, en otro tiempo bulliciosos con las orgías de la antigua caballería francesa.

Este sepulcral silencio no se interrumpe ya mas que por los frecuentes gritos del cuervo, la voz siniestra del buho ó por el silbido de la culebra.

Especialmente á la claridad de la luna es cuando estas ruinas afectan nuestro ánimo con una impresión mas viva.

Es cierto que algunos etimologistas encontrando en Tancredi-Villa el origen de Tancarville, quieren que este lugar haya pertenecido á la familia del famoso Tancredo; pero desgraciadamente los antiguos historiadores no dicen nada positivo acerca de este asunto.

No sucede lo mismo con respecto á los señores de Tancarville: sabemos que el rey Juan II erigió la señoría de Tancarville en condado, el 4 de febrero de 1351 en favor del gran chambelán, Juan II, vizconde de Melun, en recompensa del valor que desplegó en la defensa de Caen contra los ingleses que le hicieron prisionero.

Mas tarde, este mismo Tancarville, cogido de nuevo con el rey en la batalla de Poitiers en 1336, permaneció en Inglaterra hasta 1338, que fué enviado á Francia para ratificar por los estados las condiciones, á precio de las cuales el monarca inglés consentía en devolver la libertad al rey cautivo.

La crónica de Normandía no cita este castillo mas que para mencionar las continuas querellas, las enemistades particulares de Tancarville y de los condes de Harcourt, sus vecinos.

HIGIENE PUBLICA.

DE LAS ALTERACIONES DE LA ATMÓSFERA Y MEDIOS DE CORREGIRLAS.

Artículo I.

El hombre rodeado de aire atmosférico por todas partes desde que nace, y bañado no solo exterior, sino tambien interiormente por aquel fluido que se halla en continuo é íntimo contacto con un órgano de tegido tan delicado como el pulmon, no puede menos de experimentar un gran influjo de su parte en todas las funciones de la vida. Asi es, que su mayor ó menor temperatura, su mayor ó menor presión, su humedad variable, bastan frecuentemente, sin necesidad de que se altere su composición, para producir en el hombre efectos muy notables. Vamos á recorrer las principales causas que pueden alterar la atmósfera, esponiendo en seguida los medios mas eficaces de corregir cada una de ellas.

El aire atmosférico no es un cuerpo simple, como se habia creído antiguamente, sino un cuerpo compuesto que consta de 20,8 de oxígeno y 79,2 de ázoe ó nitrógeno, conteniendo ademas una porción variable de vapor acuoso y una muy pequeña cantidad de ácido carbónico, que aunque no tiene influencia en los animales, la tiene muy grande en las plantas. Varios fenómenos, pero principalmente la respiración de los animales, la fermentación y la combustión, obran constantemente sobre el aire quitándole oxígeno y aumentando la cantidad de ácido carbónico; pero esta alteración es imperceptible é insignificante cuando se verifica en parages donde puede el aire re-

novarse, ya porque hay otros fenómenos que obran en sentido opuesto, descomponiendo el ácido carbónico para dejar libre el oxígeno, ya porque todo el ácido carbónico que podrían producir las tres causas indicadas en el espacio de muchos siglos, no llegaría a formar una milésima parte del inmenso reservatorio de gas que nos rodea. Mas no sucede lo mismo si alguna de ellas obra en un espacio limitado. Entonces, no renovándose el aire, al cabo de algunas horas y á veces antes que pase una, pueden reconocerse sus efectos en su composición y sentirse también en las funciones y salud del hombre.

En la respiración el aire cede á la sangre cierta cantidad de oxígeno que se combina con el hidrógeno y el carbono, y sale de los pulmones saturado de vapor acuoso y mas abundante en ácido carbónico que lo era antes, y aunque el aire necesario para cada inspiración sea poco comparado con el volumen del que llena la habitación donde se respira, si en esta se hallan reunidas muchas personas, no se tardará mucho tiempo en ver sus paredes cubiertas de humedad, sobre todo cuando la estación es fría, lo que indica un exceso de saturación acuosa en la atmósfera; y de seguro que también por el análisis se encontraría una notable diferencia entre la cantidad de ácido carbónico que contiene aquel aire y la que en él se halla en estado normal. El aumento de ácido carbónico es la causa principal que en este caso hace al aire mal sano, y cuando su cantidad llega á formar una milésima parte de la atmósfera del aposento, aunque entonces la combustión se efectúe en ella como de ordinario, no es posible respirarla por algun tiempo sin sentir un malestar que obliga á uno á buscar aire fresco y puro para llenar de él los pulmones. La atmósfera entonces está viciada y es necesario purificarla.

La purificación del aire alterado por haber servido parte de él para la respiración, no puede hacerse de otra manera que renovándolo. Ventilar la habitación en que han estado ó están muchas personas reunidas es el único medio de conservar la composición normal de su atmósfera. Si las personas que estaban reunidas ya han salido de ella, no hay sino abrir las puertas y ventanas y establecer por mas ó menos tiempo una corriente de aire que renueve debidamente la atmósfera. Si las personas existen ó han de existir reunidas continuamente, como en los hospitales, ó por un largo espacio de tiempo, como en los talleres, teatros, parlamentos, etc., donde no pueden establecerse corrientes de aire que sin duda ofenderían notablemente á las personas reunidas en aquellos edificios, es preciso valerse de otros medios de ventilación. Si se examinan las salas de los hospitales en las que es mas necesaria que en ninguna otra parte una buena ventilación, se hallará que unas tienen ventanas pequeñas y altas que se abren de cuando en cuando ó diariamente cada mañana muy temprano aun en medio del mas crudo invierno, para dar salida al aire caliente y alterado de la sala que se reemplaza por una corriente de aire frío que entra por la puerta, ocasionando de este modo cambios de temperatura nada favorables á los enfermos y produciéndoles catarros y hasta pulmonías, sin que por eso se consiga renovar completamente la atmósfera. En otras salas solo han puesto en algunas de sus vidrieras unas ruedas, mal llamadas ventiladoras, que sirven mas bien para entretener á los niños con sus movimientos circulares que para el objeto que se desea.

¿Qué medios, pues, deben emplearse para renovar completamente la atmósfera de las salas de los hospitales y otros edificios, donde haya de estar reunido un gran número de personas, sin que por eso haya cambios frecuentes y perjudiciales de temperatura? El aire viciado por la respiración, tiene con cortísima diferencia la misma composición en todos los puntos del local donde está encerrado, equivocándose por lo tanto los que creen que basta renovar el de las capass superiores. La renovación debe ser general, y para lograrla conviene precisamente adoptar el medio aplicado ya para conservar la vida de unos animalillos, sin duda preciosos; pero que dan un producto apenas destinado mas que al lujo de los ricos, cuando dicho medio puede sostener en buen estado la salud de los ricos y los pobres, en donde los unos ó los otros hubieren de estar reunidos.

En los edificios destinados á la cria de los gusanos de seda, para conservar la vida y salud de este pequeño y delicado animal, se necesita temperatura constante y aire frío. El gran número de gusanos que se hallan hacinados, alteran rápidamente el aire, y entre los varios medios, muy ingeniosos algunos, propuestos para ventilar el local donde se encuentran, uno de los que describe el célebre Darcet se ha reconocido ser el mejor. Consiste en poner en el techo de la pieza una chimenea, por medio de la cual y del calor se establece una corriente de aire de dentro á fuera, con tal que pueda reemplazarse el que de este modo sale á la atmósfera; y para reemplazarlo hay en la parte inferior unos tubos que sirven para traer el aire del punto donde se cree que es puro, y lo introducen en la habitación por numerosos agujeros dispuestos con regularidad en toda ella. El calor que se comunica al aire de la chimenea lo enrarece, y haciéndose este mas ligero, sube á la atmósfera, produciendo así una especie de vacío, que se llena con el aire que entra por los tubos, colocados en la parte mas inferior de la habitación, y que lleva delante de sí el que ya estaba alterado por la respiración de los animales. El mayor ó menor calor que se comunica á la chimenea produ-

ce una corriente mas ó menos rápida, por cuya razón la ventilación se hace ó en poco tiempo ó en mucho, segun se cree necesario. Estando bien cerradas las puertas y ventanas, el aire no puede entrar sino por los tubos, lo que proporciona el medio de sostener la temperatura interior en el grado que se desea. Si está la atmósfera muy fría, se calientan los tubos por donde entra el aire, para que adquiera el calor que conviene haya en la habitación; y si se desea refrescarla, se enfria el aire rodeando los tubos de paños mojados en agua fría. Calor, frío, humedad, sequedad, todo puede hacerse cambiar en la atmósfera de una habitación ventilada de tal manera; y esto no bruscamente, sino por grados, segun se necesite. Este medio de ventilación puede emplearse generalmente en los hospitales, talleres y otros edificios cerrados, haciendo lo que los particulares saben hacer por interés propio para conservar la vida de los gusanos de seda, y lo que algunos gobiernos y empresas particulares han hecho como medio higiénico para que los representantes de la nación respiren durante sus tareas legislativas un aire sano, estando ventilados por el método indicado los edificios de las cámaras inglesas y francesas, ó para que no se vicié el aire de los grandes teatros muy concurridos.

F. J.

CEREMONIAL

DE LA CONSAGRACION EPISCOPAL DE LOS OBISPOS:

causa porque le ha adoptado la iglesia, su origen, y variaciones que ha tenido hasta el presente.

Creemos no desagradará á nuestros lectores la siguiente explicación, mediante á estar próxima la consagración de varios ilustrísimos señores, entre ellos la del señor Cascallana, nuevo obispo de Astorga, el que se consagrará el domingo 12 en la real iglesia de San Isidro.

El domingo pasado, se verificó con toda solemnidad y aparato la del señor abad de Medinaceli, nuevo obispo de Salamanca; habiendo asistido á tan sagrada ceremonia el nuncio de Su Santidad y señor arzobispo de Toledo; siendo padrino de su eminencia el escelsísimo señor duque de Medinaceli y Santisteban, en la pontificia iglesia de Italianos de esta corte.

Para la consagración de un obispo se requieren otros tres: el consagrante y dos asistentes; no de tal modo, que la consagración echa por uno solo, deje de tener valor, sino porque así está establecido por tradición apostólica; y en las iglesias de las Indias, por la distancia que tienen entre sí, se ha concedido por la silla apostólica, que los asistentes sean dos dignidades de la misma iglesia, en lugar de los dos obispos. El consagrante hace las veces del metropolitano, y los asistentes ya referidos las de los obispos de la provincia. Antiguamente, luego que vacaba alguna mitra, era cargo del metropolitano el escribir á los obispos que correspondían, para que asistiesen con él á la iglesia vacante, á nombrarla pastor antes del término de tres meses, como manda el concilio de Calcedonia; y aunque no era necesaria la presencia corporal de todos, sino que bastaba el asenso por escrito, debían concurrir á lo menos tres provinciales, juntamente con el metropolitano. Allí juntos en sínodo, examinaban los votos de la plebe, presentados por el clero, que era á quienes entonces pertenecía el elegir, y hallándolos los obispos conformes, el principal aprobaba la elección y consagraba al electo, pues no eran estas en aquel tiempo dos acciones distintas. Y aunque á veces por varias razones que ocurrían se varió este modo de elección, y después se quitó enteramente, pasando el derecho de elección á los soberanos y á los cabildos, segun los diferentes tiempos; pero siempre fué cargo del metropolitano el confirmarla, y consagrar al electo; hasta que por último, habiéndose reservado la Santa Sede, primero la elección y después la confirmación de los obispos, perdieron los metropolitanos este derecho, y solo los consagra cualquier obispo católico, á quien el romano pontífice hace la delegación; y para que se conserve algun vestigio de la disciplina antigua encarga el Tridentino, y después del pontifical, que se procure sea en la iglesia del mismo electo.

Por dicha razón encarga también el pontifical, que así el consagrante como el electo, ayunen el día antes, para conservarnos alguna memoria del ayuno de tres días del pueblo, que precedía á la elección, ó de la costumbre de pasar el electo la víspera en un monasterio, entregado á ayunos y oraciones, como nos lo dice refiriendo su consagración el obispo de Angers. La ceremonia debe hacerse en domingo ó otra fiesta clásica, ó en su defecto día de santo apóstol, para que la solemnidad del día en que se celebra, infunda una alta idea del respeto que se debe á tan sagrada dignidad, no pudiéndose verificar ninguna consagración en otro día que los espresados, sin que preceda dispensa del sumo pontífice.

En la iglesia donde se haga la consagración se pondrán dos altares, uno para el consagrante y otro para el electo ó consagrado. Al lado de la Epístola se coloca un trono, y tres sitials en frente para el electo y los dos asistentes. A la hora señalada al efecto, y después de revestido el consagrante en respectivo altar de pontifical con las ceremonias acostumbradas, y

sentado en su lugar correspondiente, vendrá desde el otro altar el electo con capa pluvial, acompañado de sus asistentes, con roquetes si son seculares, y de sobrepelliz si son religiosos, y mitra blanca; echa reverencia al consagrante, se sientan cada uno en sus puestos respectivos, pero unos frente de otros. Después de un rato se levantan, y el mas antiguo de los asistentes pide al consagrante eche aquel presbítero á la dignidad episcopal, y esto en nombre de la iglesia católica.

A esta propuesta pregunta el consagrante si tienen decreto apostólico; y contestando el mismo asistente que si, manda que se lea, lo que hace el secretario ó notario del consagrante, leyendo en alta voz las bulas pontificias. Aunque este decreto que se lee en público sea tan antiguo casi como la misma consagración, ha sido muy distinto segun la variedad de la disciplina de las elecciones. Cuando el metropolitano asistía con los obispos de la provincia al lugar donde se hacía la elección, el decreto no era otra cosa que el nombramiento del elegido hecho por escrito, y signado de mano de los electores, que se exhibía al sínodo; como consta de diversas epístolas de San Gregorio el Magno. De un antiguo ritual romano se sabe, que en algun tiempo se hacía por tres veces la elección, en diferentes días y antes de la consagración, para que si alguno tenía escepcion contra el electo, la manifestase al modo que ahora se hace con las proclamas matrimoniales y de órdenes.

Leído el susodicho decreto y aprobado, se inclina de rodillas el electo para hacer el juramento de fidelidad al Papa, á los pies del consagrante, el que tiene puesto sobre las rodillas el libro habierto de los santos evangelios y vuelto hácia el consagrado, este acabada el juramento, y no antes, le toca y dice: *Así Dios me ayude y estos santos evangelios.* La fórmula del juramento se reduce á prometer no consentir jamás en daño alguno, ó injuria del sumo pontífice que fuere, guardar el secreto que le confie; defender el primado romano, las regalías de San Pedro, sus derechos, honores, privilegios y autoridad, sin permitir se vulnere en nada, recibir y ayudará los legados apostólicos, guardar y hacer observar las reglas de los santos padres, los decretos, y mandatos pontificios; perseguir á los hereges cismáticos y rebeldes; asistir al sínodo cuando sea llamado, á no tener legítima causa, visitar personalmente cada tres años el sepulcro de los santos apóstoles, para dar razón al pastor universal de la iglesia de su cargo episcopal y al mismo tiempo á recibir órdenes de S. S. Finalmente no enagenar de modo alguno las posesiones que pertenecen á su iglesia, sin consultarlo antes con la Santa Sede. No se hace mención ninguna de obligarse á la obediencia del metropolitano, y á la observancia de los cánones, no obstante que á esto solo se reducía en lo antiguo, hasta que el siglo undécimo los pontífices para tener mas sujetos á los obispos en las disensiones que por entonces reinaban entre la corte de Roma, y los principes, acerca de las investiduras, empezaron á exigir de aquellos metropolitanos á quienes concedían el palio, el juramento de fidelidad á la silla apostólica, que antes habia sido solo una promesa introducida por el arzobispo de Maguncia, Bonifacio.

Aunque los húngaros y otros los resistieron pertinazmente hasta mandar, que ningun metropolitano admitiese el palio con semejante sujeción, los pontífices, no solo se mantuvieron en su propósito, sino que añadido con mas cláusulas, como lo vemos en la actualidad, extendieron su obligación á todos los obispos, y aun á los abades como se halla en el pontifical. No obstante, Pascual II consagró á Oton, á pesar de no haber querido prestar tal juramento.

Los obispos de España hacen en su consagración, ademas del citado voto, el de fidelidad al soberano, de defender sus regalías, no enseñar ni permitir el regicidio, etc. A esto añaden los de Indias el defender el derecho del patrono real.

Concluida esta ceremonia, y volviendo á ocupar el electo y los asistentes sus asientos, empieza el consagrante el examen. Este no es de suficiencia, que ya se supone antes de confirmar la elección, sino una protesta que debe de preceder de vivir justa, pia y castamente, y de no contradecir en nada con sus costumbres á las reglas canónicas, como dice el concilio toledano: y una protestación pública y estensa de la fe, cuya pureza en nadie es mas necesario que en la persona que ha de ser doctora de ella. El emperador Justiniano mandó que el obispo electo condenase los errores de Orígenes, Sabelio, Arrio, Apolinario y otros.

Acabado el examen besa la mano el electo al consagrante, y llegando este al altar, dice la confesión con el electo á su izquierda, que después de esta, vuelve acompañado de los asistentes al altar donde depuesta la capa pluvial, puestas por los acólitos, las sandalias y vestido con el pectoral, tunicela, dalmática, casulla y manipulo, empieza la misa hasta el tracto y lo mismo hace en su altar el consagrante. Después vuelve este á ocupar su trono, y los asistentes llevan al electo á su presencia, donde hecha una reverencia, ocupan todos sus sillones como al principio. Entonces el consagrante hace presente al electo los cargos del obispado por estas palabras. *Al obispo le corresponde juzgar, interpretar, consagrar, ordenar, ofreeer, bautizar y confirmar.* Juzgar les convenia á los obispos en los primeros siglos, no solo en las causas eclesiásticas de los fieles, sino tambien en las seculares que regularmente se decidían por su sentencia (no como jueces propios sino como árbitros) segun manifiestan las constitucio-

nes apostólicas. Una prueba de esta autoridad, y uno de los principales medios de ejercerla, era por cartas formadas y recomendadas, sin las cuales los fieles no podían caminar ni ejercer otras funciones. Pero la principal jurisdicción de los obispos ha sido siempre sobre todo el clero, y en las causas espirituales de su grey, según nos lo declaran los testimonios antiguos y modernos.

El interpretar le conviene, como doctor de las divinas escrituras, por cuyo cargo está obligado, como dice San Agustín, «a enseñar en ellas el sentido, apartar del siniestro, y con la fuerza de su enseñanza, contrariar los opuestos, erigir á los remisos é instruir á los ignorantes sobre lo que deben hacer y esperar. El ordenar y el confirmar como ministros ordinarios les corresponde privativamente según el dogma de la fé, además de innumerables testimonios definidos en el concilio de Trento. Y últimamente, aunque el ofrecer bautizar y consagrar les sea común con los presbíteros, sin embargo, lo ejercen con cierta excelencia, y mayor solemnidad que estos, y así según Tertuliano en los primeros siglos, el derecho de administrar dichos sacramentos correspondía nada más que al sumo sacerdote.

Dichas por el consagrante las palabras ya citadas, se levantan todos, y después de haber cantado el primero una oración se postran para que el coro entone la letanía de los santos, y poco antes de concluir, se levanta el obispo consagrante, y teniendo el báculo en la mano izquierda, hace con la derecha una cruz sobre el electo. Terminada esta se levantan todos, el principal ocupa su trono, y puesto el electo delante de él, de rodillas, abre el libro de los evangelios, y ayudado de los asistentes le pone sobre el cuello y hombros del electo, sosteniéndole un capellan que está arrodillado detrás de él. A esto se sigue inmediatamente el poner el consagrante y los mismos asistentes las manos sobre la cabeza del electo, diciendo: *Recibe el Espíritu Santo*. Esta ceremonia ha padecido algunas variaciones. En unas iglesias, se imponía el libro cerrado, en otras abierto; pero vuelta la letra hacia el electo, en otras al pueblo como hoy se usa.

El consagrante, después de dicha otra oración, extendidas las manos ante el pecho, sigue en tono ferial rogando á Dios, que conceda al electo su gracia para que luzca con ella, y se haga más respetable por sus buenas obras, que Aaron con los ornatos exteriores. Acabada esta, entona de rodillas el himno *veni creator*, implorando la gracia del Espíritu Santo sobre el electo, y durante el coro le sigue, vuelve su asiento donde mojando el póliz derecho en el crisma, forma la señal de la cruz en la corona del electo, y luego una toda ella, continuando unas largas oraciones, que expresan los cargos, y prerogativas del obispo. Finalizadas y puesta una toalla sobre el cuello del electo mientras el coro canta un salmo y antifona. Sigue el consagrante la unción, y hace con el póliz mojado en el crisma, una cruz sobre las manos juntas del electo, tirando una línea desde el póliz de la derecha al índice de la izquierda, y otra desde el de la izquierda al de la derecha; las unge ambas haciendo tres cruces en ellas con el crisma: las ata con una cinta para que no se separen y destile el óleo que se esparce sobre los catecúmenos. Esta unción, que es común á los obispos, con los presbíteros significa la unción del Espíritu Santo, que baja sobre el ordenado que al modo que el aceite fácilmente se extiende, se difunde en todas las acciones del electo.

Terminada esta sagrada ceremonia se limpia las manos con una miga de pan, el consagrante, toma el báculo, y le rocía con agua bendita, le bendice y le pone entre los dedos del consagrado, sin que separe las manos, diciéndole al entregárselo que se le cede para que cele, vigile, y corrija los abusos que halle en su diócesis. El báculo episcopal; ornamento tan antiquísimo que hacía ya mención de él el concilio IV toledano el que se deriva del báculo ó bara pastoril, con que los pastores dirigen los ganados, y castigan las ovejas que se extravían, significando en la persona del obispo la autoridad que tiene para corregir y castigar á sus súbditos trasgresores, y el cuidado que como á pastor le compete de dirigir su rebaño por la más segura senda de la verdad. La misma ceremonia de bendecirlo, y ponerlo en el dedo del electo hace el consagrante con el anillo figurando el estrecho vínculo que contrae con la iglesia, á quien debe mirar como á su esposa. El concilio toledano manda en el canon 27 que al obispo injustamente depuesto se le restituya el anillo que recibió en su consagración en señal de su dignidad.

Concluida esta operación quita de los hombros del electo el libro de los evangelios y se le entrega cerrado diciéndole que se lo da para que vaya á predicar la palabra de Dios que debe siempre conservar pura; y él toca al consagrante, pero sin abrir las manos. Este rito no está en uso entre los griegos ni latinos, pues su antigüedad data de 600 años.

Hecha esta ceremonia, el consagrante levanta al electo y le da el ósculo de paz, lo mismo hacen los asistentes, llevándole después á su altar, donde le limpian el crisma de la cabeza y manos, mientras el primero practica lo mismo en el suyo, y ambos en sus respectivos altares siguen la misa hasta el ofertorio. Dicho esto, va el electo al del consagrante acompañado de los dos asistentes, y ofrece dos panes, dos barriletes de vino, y dos hachas encendidas, poniéndolos á la vista por medio de esto, dos de las más célebres costumbres de la antigua iglesia. La una es la que tenían

los fieles de ofrecer en el templo la materia del sacrificio al tiempo del ofertorio, y lo demás necesario para la iglesia y sus ministros antes de él, habiéndose suprimido, solo ha quedado algún vestigio en este y otros de los principales ritos. La segunda costumbre es, de que así los obispos como los presbíteros en el día de su ordenación ofrecían al consagrante una gran oblata que consagraba para comulgar.

Después de recibida esta ofrenda, continúa celebrando la misa el consagrante al lado de la epístola, y á su lado el electo, poniendo solo una forma y un cáliz para los dos; y en llegando la comunión, reciben ambos el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo de la misma ostia, é igualmente la preciosa sangre del Señor del mismo cáliz. Aunque el uso de celebrar varios juntos una misa, sea en el día tan raro, que solamente se usa en este caso, y en el de la ordenación de los sacerdotes, parece era muy común en la primitiva iglesia. En aquellos tiempos todos los fieles de una ciudad se reunían en una sola iglesia, para demostrar mas la unión de los cristianos entre sí. El día de fiesta había sola una misa que decía el obispo en unión de todos los capellanes de la ciudad, y por este motivo encargaba muy particularmente el primer concilio toledano que ninguno de los presbíteros faltase á tener parte en el santo sacrificio. En prueba de esta verdad, el ritual de las ceremonias de la misa, que se conserva hace más de 600 años en la biblioteca tolosana, nos dice: «Que acostumbraban los cardenales asistir al pontífice, y celebrar con él, y después de consumado el sacrificio, recibir la comunión de su mano, para significar á los apóstoles, que sentados con el Señor, admitieron la sagrada Eucaristía, de mano de su divino maestro, y en el de celebrar reunidos, demuestra que entonces los discípulos de Jesucristo habían aprendido el rito de dicho sacrificio.

Dicho el *ite missa est*, bendice el consagrante la mitra, la rocía con agua bendita, y se la pone al consagrado. La mitra episcopal es adorno tomado del viejo testamento en que los sacerdotes hacían uso de ella. Fué también adorno profano de los egipcios y de las vírgenes consagradas á Dios, en el África. La mitra se da al obispo como una corona en señal de honor y de dignidad, advirtiéndole al mismo tiempo el consagrante, que use de ella de tal suerte, que sus dos puntas sean dos agudas espadas para la herejía.

Ya que el electo está adornado con todas sus insignias episcopales se levanta el consagrante, y tomándole de la mano derecha, y un asistente de la izquierda, le sientan en el trono, entonces el consagrante, vuelve al altar, entona el *Te Deum*, durante el cual el electo, en unión de sus asistentes, da una vuelta por la iglesia bendiciendo al pueblo, y después se retira á su asiento. Esta procesión ha sucedido á la grande solemnidad con que antiguamente era conducido el nuevo obispo desde la iglesia donde se consagraba á la capilla donde se hallaba su trono.

Por último, después de algunas oraciones se levanta el electo del trono, va al altar, echa la bendición al pueblo, y colocándose al lado de la epístola: se muda al del evangelio, donde está el consagrante de pie, postrándose tres veces: á la última le levanta aquel, y le da el ósculo de paz, y lo mismo hacen los asistentes, quienes después que dice el evangelio de San Juan le acompañan hasta su altar, en el que se desnuda de las vestiduras episcopales con las ceremonias acostumbradas: haciendo lo mismo el consagrante en su altar y dando gracias á todos el consagrado, termina tan solemne acto.

GACETILLA DEVOTA DE LA CAPITAL.

Lunes 6. San Juan Ante-porta-latinam, y san Damasceno.—Letanias.—Culto divino.—Se celebrará en las siguientes iglesias. En la del hospital de San Juan de Dios, novena á Jesús del Perdon, siendo por mañana y tarde. En las del Caballero de Gracia, beaterio de san José, san Antonio del Prado, Carboneras, san Ildefonso, san Marcos, y Rosario; por la tarde, en la Galera, Chamberi, santo Tomás, Loreto, Pasión, y san Ignacio; por la noche, la devoción de las flores á la Santísima Virgen, que seguirá diariamente. Cuarenta horas en la referida iglesia de san Juan de Dios, hoy y mañana. En el Carmen, la octava novena al Santísimo, que concluirá el próximo día 9.

Martes 7. San Estanislao, obispo y mártir.—Letanias.—Abstinencia en Madrid.—En la iglesia de san Antonio de los Portugueses, por mañana y tarde, sigue el novenario del martes al mismo santo; y en la de san Luis, obispo, por mañana y noche.

Miércoles 8. La aparición del arcángel san Miguel.—Letanias.—En su parroquia titular, función por la mañana. En las demás parroquias, san Isidro, Palacio, y Trinitarias, solemnes vísperas á la gran festividad de mañana. En la bóveda de san Ginés, tanto hoy como el viernes, ejercicios de instituto al toque de oraciones. Cuarenta horas dos días en la iglesia parroquial del Salvador y san Nicolás, donde se celebrará mañana todo el día á su divino titular.

Jueves 9. La fiesta de la Ascension del Señor á los cielos; san Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y la traslación de san Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.—En la mayor parte de las iglesias habrá misa de hora; cantándose solemnemente la nona. En la capilla del Monte de Piedad, dará principio el decenario al Espíritu Santo, en preparación á su fiesta, por la tarde. En la del colegio de san Anton Abad, harán la primera comunión los alumnos dispuestos para ello, y después saldrán procesionalmente por las calles contiguas á dicha iglesia. En las de Servitas, Olivar y Chamberi, ejercicios extraordinarios por la tarde, como día clásico que es.

Viernes 10. San Antonio, arzobispo de Florencia, y san Nicolás Albergato.—En la parroquia de san José, seguirá el setenario al Santísimo Cristo del Desamparo, por la tarde. En la de Calatrava, ídem la treceña á san Francisco de Paula. En la de Jesús, por mañana y tarde, el obsequio acostumbrado que todas las semanas. En la de Trinitarias, por la

tarde, ejercicios en honor de los sagrados corazones de Jesús y María, y por la noche en el oratorio del Olivar. En el colegio de niñas de Leganés, la anual función a san Nicolás de Bari, por la traslación de sus reliquias. Cuarenta horas hoy y mañana en el oratorio del Caballero de Gracia.

Sábado 11. San Mamerto, obispo, y san Francisco de Geronimo de la compañía de Jesús.—En la iglesia de la Concepción Gerónima, se festejará por mañana y tarde á este santo. En la de señoras Descalzas reales, ídem á Nuestra Señora del Milagro. En la de Monserrat, empezará la solemne novena á María Santísima de los Desamparados de Valencia, y dará fin el domingo 19, siendo por mañana y tarde.

Domingo 12. Nuestra Señora de los Desamparados, y santo Domingo de la Calzada.—En la de Nuestra Señora de Gracia, comenzará su anual y devota novena, por mañana y tarde. En la de san Antonio del Prado, ídem el sagrado Quinario á san Juan Nepomuceno, por mañana y tarde. En el Espíritu Santo, por la tarde, continuará su setenario de dones. En las de Palacio, Encarnación, san Isidro, Buen Suceso, Retiro, Carmen, santo Tomás, parroquias y otras, se cantarán misas mayores. En las del colegio de san Fernando, Carmen, Galera, san Millán, Servitas, Arrepentidas, Olivar, y Caballero de Gracia, ejercicios de dominica, por la tarde. En las del Rosario, santo Tomás y Pasión, procesion con el Niño Jesús, como todos los segundos domingos de mes, por la tarde. Cuarenta horas hoy y mañana en dicha iglesia de Monserrat.

FUNCIONES DE IGLESIA FUERA DE LA CORTE.

Día 6. Se celebrará á Nuestra Señora en Almansa y en la Torre de Esteban Anubran.

Día 8. Al Cristo de la Columna, en Alcovendas y Fuenarral. A Nuestra Señora del Torneo, en el real sitio del Pardo. A la de la Cabeza, en Avila. A la del Oso, en el valle de Zuya. A san Gregorio Ostense, en Valdegrudas. Burguillos, Erla, Atalaya, Muez y Torrenueva. A san Miguel, en Nava-galamella. Al Santo Crucifijo, en Híjar. Al de la Sangre, en Torrijos. A Nuestra Señora de Gracia, en Biar, Valdestillas, Alava, y á Nuestra Señora en Sopetrán. A Nuestra Señora la Antigua, en Orduña, y á san Diego (ocho días), en Alcala.

Día 9. Al Cristo de la Salud, en Valdemoro; al de Gracia, en Chinchón; y á Nuestra Señora, en Naval Moral de Toledo.

Día 10. A Nuestra Señora de la Casita, en Alaejos; y al Cristo del Milagro, en Humanes.

MOSAICO.

El señor don Miguel Rodríguez Ferrer, nuestro apreciable colaborador, acompañado del señor don Alejandro Olivan, ha presentado al ministro del ramo la siguiente exposición y objetos que en ella se mencionan. S. E. se sirvió aceptarlos, prometió aprovecharse de sus indicaciones, y se mostró muy reconocido su nombre de la ilustración nacional.

Excmo. Sr.:

Dirigido siempre por un amor nacional, no separé jamás de mi memoria los gabinetes de nuestra patria, cuando me he encontrado por tres años recorriendo en todas direcciones una de nuestras mas ricas y lejanas provincias, la grandiosa isla de Cuba. Comisionado en ella para reconocerla y estudiarla; viagero entre sus feraces campos ó errante entre sus desolados bosques; peregrino entre sus pueblos y observador entre sus habitantes, nunca mejor que entonces pude reconocer lo que esta isla es, lo que semejante provincia vale, y el grandioso porvenir que debe esperarla, formando uno solo y fraternal con nuestra favorecida España. Me ocupo al presente en trabajos que deben darla á reconocer bajo todos sus aspectos, y en el entretanto ofrezco hoy por medio de V. E., con el patriótico fin de que sean colocados en los establecimientos de esta corte, los siguientes objetos de que no deben carecer los propios cuando con tanto interés se buscan para los extranjeros, y mucho mas cuando proceden como estos de una posesión que es enteramente española.

Objetos arqueológicos.

1.º Dos cabezas que encontré en ciertas cavernas pertenecientes al confin oriental de dicha isla cerca de su cabo de Maizi. No tienen punto de contacto con ninguna de las razas conocidas, y solo parecen tener conformidad con la de los caribes, y con un cráneo que existe en París estudiado por los señores Gall y Spruzheim, del que se sacó un ejemplar en yeso que se muestra en el Museo frenológico de Filadelfia. Es notable para las ciencias su configuración singular y rara, ofreciendo la altura del cráneo muy corta, su diámetro trasverso muy grande, frente muy deprimida, y por lo tanto el lóbulo anterior del cerebro poco voluminoso, pues el diámetro trasverso no presenta aquí bastante compensación al defecto de altura. Bóveda palatina de poca estension, fosa temporal angosta, dos circunstancias que no acusan la animalidad que anuncia á primera vista la depresión frontal; porque los órganos de la manducación se desarrollan en razón inversa de los de la inteligencia, y la estrechez de la fosa temporal trae consigo la disminución del crotalites que mueve la mandíbula inferior juntamente con el mace-lero. Conducto auditivo externo mirando hacia delante notablemente, lo que supone igual dirección al pabellón de la oreja, cualidad propia de un estado salvaje. En nuestros trabajos nos estendemos sobre su procedencia.

2.º Una cajita con una mandíbula inferior humana, recogida en unas escavaciones que mandamos hacer en un cayo al Sur de la costa oriental de dicha isla. Es también raro y singular este objeto, difiriendo de los comunes en que los dientes incisivos aparecen comprimidos lateralmente, con corona trunca ó usada, y

el abicelamiento interno convexo. El canino enteramente trunco ó usado, dejando ver á las claras la sustancia de marfil cercada de un borde esmaltado, circunstancias todas que tienen mas de una analogía con lo que dice Cuvier hablando de las momias de los jóvenes egipcios. De esta mandíbula nos ocuparemos tambien en nuestra obra.

3.º Dos ídolos, de piedra uno, de barro el otro, siendo el primero el *Tuira bullo* ó diablo de los habitantes de las Antillas cuando su conquista, y el *Tocolote* ó *Signapa*, perteneciente á la clase de sus *cemis* ó penates.

4.º Varios restos de antigüedades indianas descubiertas por el comandante de la goleta *Cristina* en el pasado año de 1848 sobre la isla de Cozumel, cercana á Yucatan.

Objetos geológicos.

5.º Un diente fósil del *scuale* ó tiburón gigante que abundaba mucho por aquellos mares, incrustado en la propia roca caliza donde se encontró, cerca de la ciudad de Matanzas en la misma isla.

6.º Un trozo de vegetal lapideo, ó un pedazo de tronco ya petrificado, en forma circular y de tres dedos de grueso, reducido ya á completo sílex, mostrando aun su epidermis y su tegido esponjoso, procedente del departamento central de dicha isla.

7.º Dos *echimodermos* fósiles (del género *Eclipeastre*) cogidos por mí en la propia isla caminando hacia el cabo de Cruz.

8.º Una piedra cilícea y esférica cual una bala de cañón, recogida con otras en el río del Bayamo, departamento oriental, por ser de las que se mandaron llevar á la artillería de Sevilla, allá en pasados tiempos, de orden del rey, con el objeto de probarlas en los disparos de esta arma.

Objetos zoológicos y botánicos á la vez.

9.º Una cajita con varias abispas (*polystes*), de cuyos himenopteros, reducidos ya á cadáver, brota por la parte superior de sus corpiños una planta parásita que parece ser un hongo del género *clavaria*, fenómeno que recogí en ciertas cumbres de sus montañas orientales.

Objetos botánicos.

10. Una ancha capa cortical en forma de una preciosa tela del árbol llamado guano (*hibiscus*), procedente del departamento oriental de dicha isla, jurisdicción del Bayamo.

11. Un pedazo de vegetal *curamagüei* (*cyn adrum-ean cerolatum*), donde se encuentra á la vez el veneno y su antídoto.

12. Un ejemplar de varios ingertos naturales del árbol *guacimas* (*polibotria*) sobre el llamado en Santiago de Cuba *jasmín francés*, cogido en su cementerio, cuyos ejemplares todos pongo á los pies de S. M. la reina.

Sírvase V. E. aceptarlos en su nombre, y disponer en obsequio de la ilustración pública, que tanto el cráneo como el fenómeno de las abispas y los dos últimos vegetales se pasen á la inspección y estudio de una comisión competente, mandando depositar los objetos arqueológicos en el museo de la biblioteca de esta corte, y todos los demas donde V. E. lo tenga por mas conveniente.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 9 de marzo de 1850.—Excmo. Sr.—Miguel Rodríguez Ferrer.—Excmo. Sr. ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas.

ESTADÍSTICA DE MADRID. Nacidos en el año 1849, 8,436, á saber: 6,583 legítima, y 1,853 ilegítimamente. De los primeros, han sido varones 3,397, y 3,186 hembras; y de los segundos, 987, y 866 respectivamente.

Muertos en dicho año, 8,873, de los que han pertenecido al sexo masculino 4,373, y al femenino 4,298.

GASTOS EN LAS CARRETERAS DEL REINO

en el año de 1849.

	Rs.	Mrs.
Personal y demas generales de conservación.....	3.234,325	
De conservación.....	6.892,267	30
De reparacion y construcción con fondos procedentes de las quintas de Cataluña.....	1.210,482	32
De construcción con fondos generales.....	498,326	4
De reparacion con los del empréstito de doscientos millones.....	387,992	13
De construcción con idem.....	12.237,648	12
d. con fondos mistos.....	2.463,783	16
Total.....	27.147,028	7

Cada mes se han empleado, por término medio, 16,728 operarios, 866 carros y 1,207 acémilas.

BENEFICENCIA. En el primer trimestre del presente año han ingresado en la tesorería de la junta provincial de la de Madrid 1.317,478 reales y 2 maravedises, invirtiéndose durante el mismo 1.307,799 con 13.

NUEVA É INGENIOSA ESPECULACION. Se ha constituido en Lion una sociedad para exterminar las ratas de las posesiones francesas en Africa, que tanto se multiplican, y tantos daños causan á los campos. A este fin recorren los socios los departamentos meridionales, pagando á 15 francos los buenos gatos, y á 5 las gatas, y preparan una expedición gatuna contra los ratones árabes.

Un hombre ilustrado puede emprender muchas cosas buenas y útiles á que no se atreva un ignorante aunque sea bien inclinado: el primero tiene la certidumbre de obrar como conviene, en tanto que el segundo no lo sabe, vacila y se abstiene: es un niño que teme avanzar en la oscuridad al paso que el otro es un hombre que camina sin miedo porque conoce que no hay peligro.

ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.



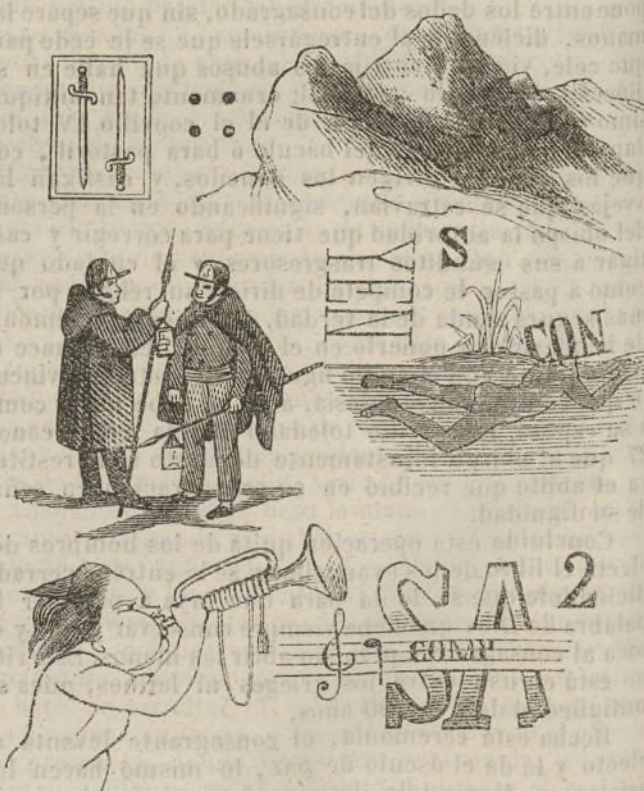
Vamos, Antonio, sea vd. razonable..... Es una tontería incomodarse por una sola palabra..... Ya sabe vd. lo que es mi muger; un poco fuerte de genio, pero buena en el fondo, y luego á vd. le quiere como á un verdadero amigo. ¿Con que irá vd. á comer con nosotros? Si no, me enfado yo tambien.

ASTUCIA DE UN ABOGADO. Cierta dia se instalaron dos hombres en la posada de un pueblo de Castilla la Vieja, y despues de reanimar sus cansadas fuerzas con una comida abundante, llamaron á la posadera y la confiaron un bolsón de cuero recomendándola no la entregara sino á los dos juntos. Pagaron el gasto, se despidieron, y al cabo de cinco ó seis dias volvió uno de ellos, y bajo pretexto de un pago que iban ambos á hacer en el pueblo mismo, le pidió el depósito que le posadera no tuvo inconveniente en entregar atendido á lo natural de sus razones y á que habia olvidado lo que habian dicho. El amigo del primero entró en la posada al anocheecer y preguntó, á la patrona con inquietud si estaba su compañero á lo que contestó ingenuamente que habia venido antes que él, refiriendo de paso cuanto ocurrió. Entonces haciendo grandes extremos reconvino ágramente á la patrona, diciendo que lo habia perdido, pues contenía aquella bolsa una gran cantidad de dinero, la cual desconfiando mutuamente habian convenido depositar en sus manos, y que en vez de entregarla á los dos reunidos la habia dado á uno antes que á otro, por lo cual iba á demandarla judicialmente. Conducida la apesadumbrada muger ante el juez de primera instancia refirió sencillamente cuanto habia pasado: el hombre que se decia robado aseguraba que el bolsillo contenía 100 monedas de 80 reales cada una, ademas de algunas letras y recibos por valor mas considerable, de modo que tal vez se hallaba la pobre muger á punto de ser embargada su posada y todo lo que poseia, cuando se presentó un abogado joven, que instruido del negocio llamó á parte á la posadera y la aconsejó afirmar que habia hallado medio de recobrar el bolsillo que lo tenia ya en su poder, pero que para entregarlo segun el convenio en que se apoyaba justamente el demandante era preciso hiciese comparecer á su amigo, y á ambos juntos en presencia del juez haria entrega formal del depósito.

Entonces el demandante no tuvo nada que replicar, y se sobreyeron los procedimientos contra la infeliz muger. Consecuencia de este ardid fué el descubrimiento de que aquellos perillanes habian discurrido este medio de perder á la posadera, y recayó un castigo severo pero justo sobre el único de ellos que se pudo haber á la mano, que fué el que se presentó reclamando.

Entre las gentes honradas aumentan los respetos los años. Para los viciosos crecen las contrariedades. La inconstancia es el defecto del vicio; la influencia de la costumbre es una de las cualidades de la virtud.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.